





El vasto territorio



Simón López Trujillo

El vasto territorio

ALFAGUARA

The logo for Alfaguara, featuring a stylized, symmetrical knot or infinity symbol.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

El vasto territorio

Primera edición: julio de 2021

© 2021, Simón López Trujillo

© 2021, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Av. Andrés Bello 2299, of. 801, Providencia, Santiago de Chile

Teléfono: 22782 8200

www.penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Printed in Chile – Impreso en Chile

ISBN: 978-956-384-231-9

RPI: 2021-A-3860

Imagen de cubierta: © Francisco Rodríguez Pino, «Red Sunset», 2018

Composición: Alexei Alikin

Edición de ejemplares

Impreso en

A Rodrigo Cisterna



Índice

I. El sueño de los niños eucalipto	13
II. Pedro el Vasto	69
Agradecimientos	153



Recuerdo que pasaba bajo el gran eucalipto de la plaza, cuando el campo estaba cubierto por las nubes densas.

En el silencio y en esa especie de ceguera feliz, escuchaba el altísimo ruido de las hojas y del tronco del inmenso árbol.

Y entonces no había tierra ni cielo ni ser humano distintos.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, *El Sexto*

El pensamiento es un atributo de Dios.

BARUCH SPINOZA, *Ética*



I. El sueño de los niños eucalipto



Diría que abrí los ojos, pero no estoy seguro. No diría que desperté. Mirado atrás, el sueño fue como meterse a una tetera. Esperar el hervor girando desvanecido en burbujas que puján hasta el ruido. Todas juntas éramos. Abrí los ojos y vi, claro, pero nada se veía igual. Dios sabe si hay más verbos para referirse a estas cuestiones.

Claro de un bosque. La perspectiva era como tomada desde abajo. Digo, como si alguien hubiera enterrado unos ojos, regándolos con cuidado y sol medido, hasta que los párpados que cubrían la semilla se dejaran trizar y abrieran la cría que busca hacia el cielo siempre como telón. Si eso es mirar, ¿me entiende? Yo no sé qué vi pero vi tanto. Demasiado encima, y a lo largo, veía el prado siendo el prado, el bosque, pero el musgo dentro me decía cosas y yo sabía que no podría repetir nada de lo que escuchaba. Solo oía y era eso. Todo junto brotado de pronto como el agua que sube haciéndose vapor.

Hojas, liquen, brote, piedra, agua, mucha agua, semen, sí, un poco, animalejos muertos, residuos de bestia, petróleo, casi níveos por el hongo, un poquito de fuego había pero se apagaba, soplaban mucho viento, siempre el viento llevando todo lejos, haciendo cosas, no era el fuego,

sabe, lo del principio, era el viento solo que volvía y hablaba consigo mismo.

Como le decía, mucha agua pero también muchas plantas vi. No eran verdes, las plantas por debajo no eran las mismas, ellas decían las cosas en un idioma mejorado, se hablaban por los nervios, sabían lo que cada una quería preguntarse antes de hacerlo, no se tenía que pensar mucho, el viento lo aplacaba todo, traía lluvia, dejaba mojarse y eso era un placer. Bañarnos recuerdo, sí, como recuerdo otras cosas de los antiguos. Unos nombres. Baltasar. Romina. Una joven de apellido grave, extranjero. Giovanna, Lampedusa. Los aromas de unas flores que ponía una señora en la mesa de la cocina, la casa de mi infancia. Pero no era casa eso, creo, más bien hablamos de un pozo. Eso sí, recuerdo, sí, del agua por arriba. No debajo. En la tierra éramos todos y ni palabra o pestaño a nadie sobre lo que vi. Si le hablo ahora no es porque usted me lo haya pedido. Es por mi hijo. Él y yo fuimos mudos. Plantas secas mucho tiempo. Pero ya no.

LOS MOTORES DE LAS SIERRAS SE APAGARON AL UNÍSONO, Pedro bajó los brazos y apoyó su máquina en un tronco. Se quitó el casco y secó el sudor que había crecido detrás de la visera. Con el cambio de hora, anochecía más temprano, pero la hora de salida seguía siendo la misma: volver era tan oscuro como llegar. Recogió sus cosas y fue a cambiarse con el resto de la cuadrilla.

En su cabeza, el calor de un cigarro imaginario lo acompañaba en los vaivenes que daba el camión. Media hora en la que jugaba a resolver una hoja de sudoku, sin hablar con nadie. El Pato, su hijo, le había regalado un libro de esos ejercicios orientales que tan extraños le parecieron en un comienzo. En realidad, es muy simple, le decía él. Solo se trata de encontrar el número correcto. Ahora, con bastante paciencia puesta en ellos, ya iba por la mitad del cuadernillo. Acababa de empezar el nivel difícil y se esforzaba por no quedarse dormido antes de terminar el tercer ejercicio, con la hoja apoyada en el hombro de un compañero que roncaba y el lápiz mina temblando a merced del camino de tierra.

Hacia el final del trayecto, decidió bajarse un poco antes y pasar a comprar algo para la once. De camino

al almacén, jugueteaba en su bolsillo con un collar de frutos de eucalipto que había fabricado hace poco. Esos pequeños conos cubiertos por un musgo verde eran como gemas brillantes, esmeraldas secretas que atesoraba entre sus dedos. Antes, se las solía regalar al Pato para su colección, pero ahora él estaba grande y le confeccionaba gargantillas a la Catita. Bajo el frío de la noche, su respiración era intercalada por una tos pesada y profunda, como de perro. Pedro, cansado y cabizbajo, con una bolsa de pan colgando entre los dedos, caminaba con el puño pegado a la boca.

Al abrir la puerta, Catalina lo recibió abalanzada a brazos suyos, a montón de besos. Pedro fue hasta la cocina, sacó una olla, la llenó de agua y de unas hojas secas y alargadas que extrajo de un frasco de la alacena superior. Tapó la olla con un trapo, prendió el fuego y se echó en una silla a esperar que hirviera todo.

—¿Otra vez se está haciendo esas mandingas, papá?

—Son vahos de eucalipto, hijo. Ex-pec-to-ran-tes, sirven para la tos.

—Sí sé, ¿quiere que lo ayude?

—No, mijo. Vaya a enseñarle a su hermana.

Cuando el agua hirvió, Pedro levantó el paño y un vapor aromático inundó la cocina. La Cata preguntó a qué hora iban a comer. Su hermano le pedía que se concentrara en el ejercicio, que cociente significa la cantidad de veces que algo está contenido en algo, que pusiera su mano en la suya, se quitara la otra del mentón y tomara bien el lápiz grafito.

Pedro cerraba los ojos, las gotas de agua le quemaban el rostro. Respiraba adentro y hondo, hasta sentir que los pulmones se le abrían como las puertas de un vagón y una cierta alegría lo elevaba, un entusiasmo que le hizo recordar la vez en que con María viajaron al norte, los planes que hacían para casarse, los colores que se veían por la ventana de ese tren que llegaba desde Concepción a La Calera, siete y media en la mañana, sentados juntos en el segundo carro, el olor balsámico, y de pronto el calor que sube por las fosas nasales y hace salir una flema atorada adentro hace semanas, como las ruedas de una máquina detenida que comienzan a girar, una tos violenta y la esmeralda acuosa que Pedro escupió sobre el lavaplatos.

Más tarde, cuando Catalina se durmió, arrojó a un rincón de la pieza su mochila vieja y hedionda con la ropa del día aún adentro. Al tirar de los bototos para sacárselos, sintió en la palma una presencia extraña, extendida como un vello húmedo por el cuero. Echó unas chuchadas en voz baja y se limpió el musgo en el pantalón, en los brazos y en el pecho del delgado pijama que usaba hace tantos años. Ese organismo pegajoso le recordaba la faena de la madrugada siguiente y el aroma del bosque. Se metió a la cama y en un solo movimiento las sábanas hábilmente sustrajeron el cuerpo de la luz. Cerró los ojos. Volvió a toser.

Afuera, una pálida luna quieta a la que ladraban los perros del vecino y que dejaba ver ciertos objetos: el par de bototos a los pies de la cama, algo de la ropa tendida en una silla, un velador con fotos familiares y un retrato

oscurecido, la mitad del televisor, tres extremos de una cruz clavada sobre la cabecera de fierro, reflejos en el cristal de una polera de Fernández Vial autografiada y enmarcada en la pared, varios cosméticos y cremas cubiertas por una fina capa de polvo que al iluminarse parcialmente parecían ser gotas de agua.

Curanilahue no era así hasta hace un tiempo. El agua no tenía ese color. Por qué la Catalina no quiere hacer su tarea. Cuándo es la reunión de apoderados. Qué cresta le pasaba hoy día al chucha del Juan Carlos. Qué será esta tos de mierda. Tenía razón María, la ciudad se ha vuelto tan triste. Cómo se llamaba la profesora de matemáticas. Tan pobre. Había que irse. Parece que el martes. Qué lindo era el río antes. El agüita fresca. Tan bonita ella. Las vías del tren recién llovidas y el cabello de ángel sobre los espinos. Mi papá contento de saber que me casaba. ¿Pamela? Ella con su traje de apicultora. Su vestido de primavera. ¿Mariana? Los tarros de miel en el patio. El agua cristalina donde beben las abejas. El estero crece inmenso. Flota una casa.

* * *

Giovanna despertó de un sobresalto. Estaba oscuro. La alarma no había sonado todavía. Al darse cuenta, su respiración se calmó y la tensión en el cuello fue disipada sobre la almohada. Exhaló profundamente estirando la colcha por encima de sus hombros y girándose fetal hacia la derecha. Cerró los ojos. En quince minutos más el celular daría la primera señal del día en el velador,

el ruido, el obstinado diario que continuaría después en diferentes conversaciones, chillidos del puddle de los vecinos, golpes a la manilla de la ducha, mensajes de WhatsApp, taladros neumáticos, grúas-pluma, martillos, apisonadoras y gritos en la construcción vecina, placas sucias, congestión y tráfico, mil bocinas, colegas torpes, el zumbido de la gente paseando por la calle, hablando por teléfono, discutiendo en el restaurante, llorando y riendo al mismo tiempo, la secuencia genética, la bata con manchas por lavar, la vecina idiota, sus discusiones con el marido, la manilla trabada de la ducha, el agua caliente que no sale, que se corta rápido, que se interrumpe, como la melodía de una flauta que cae al piso.

Giovanna había vuelto al sueño. Los quince minutos se estiraban allí adentro. Soñaba estar atrapada entre unos árboles oscuros. Corría lejos. Tenía la impresión de que un incendio la perseguía y huía por el bosque con el miedo a tropezarse.

Horas más tarde, al estacionarse afuera de su trabajo, Giovanna se demoró en bajar del auto. Respiraba hondo y largo, los ojos cerrados, como si buscara quedarse sin aire, sacarlo todo del cuerpo.

Cuando entró al laboratorio, saludó a sus colegas con una mueca rápida. Se dirigió a su puesto, dejó el celular encima del escritorio, recogió su pelo, colgó la chaqueta detrás de la silla, se puso el delantal blanco, lavó sus manos, las metió dentro de guantes plásticos, abrió un refrigerador y extrajo las bandejas de Petri guardadas el día anterior. Las puso sobre la mesa y fue

revisando cada una bajo el microscopio. Anotó datos en una libreta. Se mantuvo así toda la mañana.

El primer ataque de pánico le vino una tarde en que no lograba encontrar sus zapatillas de correr. Afuera había sol y llevaba encerrada dos días en su departamento, trabajando en una serie de cálculos para su tesis. Era su tercer año del doctorado en micología en la Universidad de Manchester. Había recién terminado de anotar la secuencia genética de un líquen que dejaría calculando de forma remota en el computador de la facultad y pensó en salir a trotar para aprovechar la buena temperatura. Se puso un polerón deportivo, unas calzas y calcetines limpios, pero no pudo encontrar sus zapatillas. No aparecieron debajo de la mesa, del sillón, ni tapadas por los libros, revistas y tazas esparcidas por diferentes rincones del living, la pieza, la terraza y la cocina. Se sentó en la cama. Se preguntó cómo era posible. Debían estar allí. Nadie podía haberlas tomado. La única que entró al departamento en esos días fue Tiffany, que se había quedado la noche del sábado. Pero era imposible. Ella no podría haberlas tomado.

Entonces notó en el pecho un pequeño punto por el que el aire era succionado hacia adentro, una presión en los brazos que los hacía enflaquecer. Apoyó las manos sobre la pared, vertical y curvada sobre sí misma. No podía hablar ni mover el cuerpo. Se mantuvo quieta, apenas sentía el aire que entraba o salía de ella. Era como estar bajo aguanieve. Un frío blanco, paralizante, que la recogía a plena luz de la primavera inglesa.

Algunas veces, cuando estaba sola en el laboratorio, la oscuridad de los pasillos la hacía volver a ese momento. Con el tiempo, había aprendido a enfrentarlo. Apoyaba las manos en el mesón metálico. Permanecía inmóvil, dejándose hundir. Cerraba los ojos. Contaba la serie de los números primos.

* * *

La berma estaba húmeda y el sol se demoraba en calentarla. Patricio caminaba de vuelta a casa después de dejar a su hermana en el liceo. Llevaba las manos en los bolsillos. A su lado, una autopista en la que ocasionalmente pasaban autos. Tan pocos que no tenía sentido jugar a contarlos. Un perro estaba echado en uno de los carriles. La luz del sol encima suyo caía como un reflector de circo. Su mirada se alcanzó a cruzar con la del joven y Patricio, por un instante, recordó con ternura y nostalgia a su antiguo perro Celerino.

Abrió la reja de la entrada. Entró a casa. Estaba solo. Sin hambre, fue hasta su pieza, sacó el computador y lo llevó a la mesa del living. Corrió hacia un lado el libro de texto de matemáticas de su hermana, encendió el computador y se metió a una página de videos porno. Se descorrió el cierre, bajó un poco su jean, descubriéndose justo hasta donde comienzan los muslos, y apoyó las nalgas desnudas sobre la tela de la silla.

En la mitad del video, una compañera de curso le escribió por Facebook preguntando cómo estaba. Con una mezcla de ansiedad y torpeza, él llevo su mano

izquierda hasta el teclado y le respondió que bien, que estaba ayudando hartito en la casa. ¿Cuándo vuelves? Las nalgas de Patricio sudaban, la silla temblaba en su sitio. No lo sé, ni idea cuánto vaya a durar la suspensión, le respondió y sin querer golpeó con la mano la mesa por debajo, dando vuelta un vaso que se quebró contra la baldosa. Ya, pero aparécete po. Sí, sí, le dijo. La otra semana te voy a ver. Patricio, colorado, sudando en la frente, se aguantó y retrocedió el video, tratando de coordinar su eyaculación con la de los actores.

Más tarde, cuando llegó Catalina, el Pato dormía en su pieza. Su hermana fue a despertarlo. Tenía hambre. Él despegó la cara pegada con baba a la almohada, se rascó un ojo con los nudillos de la mano derecha y le dijo:

—No hay nada, barata.¹ Toma agua nomás.

Catalina regresó a la cocina, se sacó la mochila y levantó un pesado bidón de cinco litros del que se sirvió un vaso de agua rojiza. Luego trajo una silla del living, la puso junto a la encimera, montó la mochila sobre el asiento, se encaramó arriba de todo y estiró los brazos hasta abrir, apenas con la punta de los dedos, las puertas de la repisa superior. Haciendo equilibrio encontró el paquete de Super 8 que su papá le había escondido.

Cuando Patricio salió de su pieza, encontró a su hermana durmiendo de espaldas en el sillón. El rouge

¹ *Blatta orientalis*: insecto común cuya admirable opacidad perdura hurgando entre los siglos.

de chocolate en torno a los labios la hacía ver mayor de lo que era, a la vez que realzaba cierta inocencia en su pose. Patricio buscó en el piso. No encontró nada. Fue hasta la cocina. Movi6 el basurero. Ahí estaban. Los viscosos caparazones amontonados, dispersándose en rápidas elipses, como un grupo de bolitas negras. El Pato recogió una con los dedos. La acercó hasta muy cerca de la cara de su hermana. Las seis patas negras bailaban en rotundo frenesí.

—Despierta, baratita. ¿Tienes hambre?

* * *

Cuando Pedro comenzó a trabajar en la forestal, era todavía tan escuálido e inexperto que en su primer día el filo del hacha se le trabó en el tronco al dar el golpe. Sus compañeros de cuadrilla se mataron de la risa, le aplaudieron y le dieron palmadas en la espalda. Güena flaco, le gritaban, échate una troza al apa ahora. El jefe de faena, viendo que no tenía pasta de hachero, lo llevó hasta donde estaban los tronzadores. Pasó entonces una tarde de esfuerzo compartido, coordinando sus jalones al mango áspero del serrucho con los que Astorga, un gordo insoportable que lo trataba de pendejo, frágil, perro nuevo, palmas blandas, uña rota, astilla en carne feble, hacía al otro lado del árbol caído. Al acabar la jornada, sus hombros estaban agarrotados y los brazos le temblaban.

El jefe volvió a acercársele, a la salida.

—¿Sabís, cabro, cómo llenar una planilla?

Desde entonces, vinieron semanas mirando a los hombres trabajar. Siendo apenas tomado en cuenta, Pedro anotaba cuántas trozas lograban montarse apiladas en el camión, corroborando el número de troncos y también que los anillos en ellos no bajaran del mínimo establecido para cortarlos. Había leyes. Solo se podía bajar los eucaliptos viejos. A los niños se los dejaba tranquilos. En general, en cada camionada salían cincuenta, a veces hasta ochenta trozas preparadas para corte y limpieza. Alguna tarde, Pedro, por jugar, imaginaba que los anillos formaban un lenguaje, que en cada círculo podían leerse años de historias y recuerdos de los árboles como en las fotografías: compañeros de curso haciendo fila, sentados en clase uno al lado del otro, entregándose mensajitos de papel, conversando bajo o corriendo detrás de una pelota en el recreo. Pensaba así cuando un tablón pesado le golpeó en la nuca. La risa de los estroberos del jornal se le pegó a la piel como un tatuaje. Hasta el jefe de cuadrilla soltó una jauja. Pedro se sobó despacio y también rio. Se afirmó el casco en su lugar. No le hagái caso al Astorga, flaco, le decían sus compañeros. Es bien pichulero nomás, acostúmbrate. Él hizo caso a su manera: levantó un peñasco y se lo tiró al guatón por la cabeza.

Tras mes y medio de pega estaba reventado. Los primeros días fueron los peores. Habituar a seguir a sol y sombra a los hombres cerro arriba, cerro abajo, las manos pegadas con tierra, las uñas oscurecidas, el polvillo pesticida que se mete y hace una tos o una sinusitis, las yemas decoradas de tanta astilla que no hay caso en buscar quitarlas. La vida en común. Las bromas del

seboso. Su propia persistencia lánguida debajo de ellas. Según sus compañeros, él no tenía sentido del humor. Ríete po, Piter, si es en talla. Él bajaba los brazos, apretando la planilla, la vista gacha detrás del grupo. Ahí fue cuando empezó a recolectar los frutos de eucalipto. Los buscaba en su hora de colación. Seleccionaba los que tuvieran un tamaño similar y de noche los perforaba uno a uno en el mismo sitio. Se decía: mejor ser artesano que peón.

Para peor, al final de ese primer mes le robaron el sueldo. Había guardado los billetes cuidadosamente al fondo de la mochila, en ese camarín donde el Astorga se masturbaba sin vergüenza, amenazando salpicarte si mirabas o hacías algún comentario. Relájate, oh. Si a todos les da lo mismo, le comentaba el hachero Juan Carlos. ¿Pa qué le dai color? La tarde en que no encontró el fajo de billetes azules enrollado entre su muda de calcetines, caminó cerro arriba hasta perderse. Se sentó en un tocón de pino y trató de no llorar pero no pudo.

Fue como si el mundo se hubiera detenido. Aunque la vida en esos predios escaseaba, el silencio tampoco era común. Explanadas de palos y astillas, polvo, cuerdas metálicas, miradas transpiradas, garabatos, fauna simple, flora mustia, bocasierra, rítmico y veloz quejido de la madera creciendo en ataúdes, aserrín y hombres apenas despiertos, dedos cortados que saludan, manos sangrando sobre el liquen y la fronda musgosa que no crece mucho pero asoma, a veces, por las esquinas de los espejos y las duchas. Fue como si al bosque mismo le hubieran tirado un camote en la cabeza.

Pedro siempre rengueó un poco después de ese episodio. Pero a la semana siguiente estaba subiendo otra vez el cerro con la cuadrilla, hacha al hombro, transpirado. Iba silbando. Echaba tallas y se reía.

Con el tiempo, se fue haciendo uno con su trabajo. El cuerpo se adecuó al rigor de las jornadas, brazos y espalda ganaron masa muscular en cada hachazo. Su humor se unió al de sus compañeros. Ya no hacía escándalo cuando alguien le dejaba clavados los bototos en un tablón durante la hora de almuerzo. Escuchaba las risas en torno y se dejaba sacudir por el viento que alejaba el calor del bosque, que movía las ramas de pinos y eucaliptos y daba sombras frescas.

* * *

—El hongo *Ganoderma lucidum* es un basidiomiceto saprófito que aparece naturalmente como un degradante de la madera, pero que presenta una serie de efectos farmacológicos muy útiles. Esto, dada su rareza en ambientes naturales, ha estimulado la cultivación artificial de sus cuerpos fructíferos en invernaderos especializados, mediante troncos o aserrín dispuesto en bolsas y botellas plásticas. Este hongo se caracteriza por poseer un sombrero generalmente arriñonado, de color rojizo, sostenido por un pie esbelto, de forma algo tortuosa. Su micelio se nutre de la madera muerta de árboles planifolios y está provisto de una alta concentración de triterpenos y polisacáridos, constituyentes farmacológicos de alta estima: se han registrado propiedades

útiles contra la hepatitis y la hipertensión en los triterpenos, y efectos antitumorales en los polisacáridos. Estos últimos han provocado un gran interés por investigar la familia *Ganoderma* en la micología médica contemporánea, al mismo tiempo que una insospechada comercialización de sus derivados en el mercado de las terapias oncológicas alternativas.

Ante unas cincuenta personas, Giovanna hablaba con un ritmo pausado y constante, de catedrática. El pequeño auditorio estaba repleto y la sucesión de diapositivas marcaba el pulso de la presentación. Esta era parte de los seminarios extraordinarios que Giovanna dictaría ese año en diferentes universidades del país, a modo de compensación al Estado por la beca para sus estudios en el extranjero. Ella odiaba esas actividades: el ejercicio replicaba el temor de salir a la pizarra en el colegio. Aunque de adulta el trabajo académico la había forzado a acostumbrarse, aún le parecía un ejercicio burdo y tedioso, que realizaba de forma más bien automática, como cumpliendo un compromiso.

El trabajo académico le permitía, al menos, regresar por temporadas a Concepción. Visitar familiares, amigos. Responder mecánicamente las preguntas sobre la investigación para el libro que estaba escribiendo. Explicarles a sus padres que sola estaba bien. Que había salido con gente, pero nada serio. Los ingleses son muy fomes, mamá. Solo saben tomar y hablar de su trabajo.

—Los usos terapéuticos de este hongo pueden rastrearse miles de años atrás en la medicina china clásica, que lo denominaba *Lingzhi* y utilizaba principalmente

para el alivio de la fatiga, el asma y trastornos que afectan al hígado.

Mientras exponía, prestaba atención a los rostros de los asistentes. Hace tiempo que era capaz de separar el habla del pensamiento, como quien sabe disociar la acción de ambas manos y hacer malabares. Con una breve mirada, pasaba revista a algunos profesores sentados en primera fila. Hombres de mediana edad con signos similares de degradación: calvicie, gordura, arrugas en la cara, mal semblante, desprolijo atuendo, falta de higiene y mal aliento. Fue uno como ellos quien, hace poco, había publicado una reseña ridiculizando su tesis doctoral.

También se fijó en una estudiante de pelo rubio rapado a los costados y recogido en un moño, sentada en la tercera fila, que la miraba atenta con las piernas cruzadas, tomando apuntes sobre un cuaderno.

Su exposición terminaba enfatizando cómo la ciencia, enfrentada hoy a un porvenir incierto, tiene un campo fértil en la investigación del reino fungi y sus vastas propiedades. Presentó una serie de diapositivas sobre el uso de hongos como productores de combustible, degradadores de plástico, controladores de plagas selectivas, antidepresivos, anticancerígenos y generadores de las más poderosas enzimas antibacterianas conocidas.

Media hora después, Giovanna conversaba en la mesa de café con un grupo de estudiantes de Biología. Con alguna timidez disimulada, la chica que antes tomaba apuntes, ahora la miraba directamente a los ojos.

—La verdad es que sabemos muy poco de la funga. Sus ciclos de vida son extraños y, aunque por su forma no lo parezcan, son criaturas más cercanas a nosotros que a las bacterias o al reino vegetal. Seres autoritarios, invasivos. De gran inteligencia. Tomemos por ejemplo al *Entomophthora muscae*, un hongo parásito que infecta a la mosca común. El contagio se produce cuando las esporas del hongo aterrizan y germinan sobre ella, penetrando su exoesqueleto. Según se ha investigado, lo primero que hace el hongo es avanzar por el cerebro de la mosca y tomar control de sus movimientos. Se aloja en la zona neural encargada de las patas y las alas, obligándola a posarse en alguna superficie cercana y luego a escalarla hasta el punto más alto. Eventualmente, el hongo la deja caer. Sus alas no responden. El insecto golpea el suelo, paralizado. En ese punto, las hifas del hongo comienzan a digerir sus entrañas y la mosca muere. Pequeñas grietas abren su cadáver y por ellas brotan esporangios: diminutos e innumerables sacos de esporas listos para salir en busca de nuevas moscas.

* * *

Miraba por la ventana del camión, siguiendo las ondas del tendido eléctrico. Eso era navegar, pensaba. Un bote a medianoche kilómetro y medio lejos de la costa. Recordaba el tiempo cuando trabajó en la pesca. Su padre lo llevaba en la lancha, de pequeño, sentado entre sus piernas cual grumete consentido. Cerraba los ojos para evitar marearse y le entraba el sueño. A veces

apoyaba su cabeza en la guata de su padre y dormía un poco. Esos fueron los momentos en que estuvieron más cerca. Las cosas en tierra eran muy distintas.

Cuando niño, Pedro vivía con su perro Chicho y su padre, en una casa en mitad de un bosque, con todo lo que podía necesitar un campesino. Su madre había muerto en el parto y la imagen de ella se había borrado cuando perdieron, junto a la casa, el único retrato que conservaban de ella. Una noche de septiembre llegó un camión repleto de milicos, golpearon la puerta y sacaron al viejo afuera. Tenía que irse, le dijeron. Ese fundo ahora era de su propiedad. ¡Pero si esta tierra yo la compré a la cooperativa, oiga! ¡Esta casa es mía! Entonces el soldado, un cabro joven de nariz horrenda, lo empujó contra la pared. Pedro salió a oponerles su cuerpo adolescente. Le quitaron al perrito. Lo chantaron contra el muro y dispararon.

Después de perder el sitio en Curanilahue,² el papá de Pedro se fue hundiendo. Partió al norte y encontró trabajo como jardinero. Tenía su casita en un sitio chico, arrendado. En ese suelo de tierra se sentaba a tomar. El joven Pedro lo ayudaba, sirviéndole el chimbombo y arrojándolo, tirando de su cuerpo hasta dejarlo encima del camastro. Ni animales, ni huerto, ni amigos. Una sola línea recta del trabajo a la bebida. El hijo aguantó dos años y partió de vuelta al sur. Fue entonces cuando encontró trabajo en la forestal.

² «Vado pedregoso», en mapudungun.

Antes de los cuadernillos de sudoku, Pedro mataba las horas muertas juntando frutos de eucalipto, coleccionando insectos que guardaba en sus tarros de comida, caballitos, chinitas, pololos y borrachitos, conversándole al calibrador Gómez, hueviando al Araya, antiguo carbonero,³ compañeros ya de años, lado a lado subiendo hasta las canchas, él marcando el porte de las trozas y el otro luego cortando con la sierra, hablando de fútbol, de los niños, sentados al almuerzo, buscando lugar para la siesta, el Araya siempre se ha llevado bien con la Catita, le dijo una vez a la María, pero ella movió la cabeza de un lado a otro, sopló la taza de café, oígame, le dijo, no deje más que ese hueón lleve a la niña al colegio, y subió un frío por su espalda, rabia a los hombros, la taza humeando sobre la mesa, la tele muda, entonces Pedro dejó de hablarle, las mediciones se hicieron en silencio, Araya cabizbajo retirando los estobos de los troncos, Pedro silbando cualquier cosa para no tener que hablar, mejor no responder nada, porque lo mato si pregunta.

Con la María conversaban hartos, siempre, de muchos temas, las noticias, los horóscopos, el papá enfermo en La Calera, solo, los amigos del Pato, esas moscas,

³ Carbonero:

1. adj. *Chil.* Originado de la persona que le echa carbón al fuego, se refiere a una persona que dice o hace cosas para aumentar los conflictos, sea mintiendo o hablando cosas que no debería, solo con la intención de causar el mal.

2. m. Trabajador de las minas de carbón:

Los carboneros de la mina Santa Ana se fueron a huelga cuando el Estado regaló la concesión del sitio a un holding extranjero.

el campeonato de fútbol de la empresa, cuídate negro, la rodilla te baila samba todavía, sí, María, sí, mañana, frutillita, del paro, del sindicato, de los mierdas de la Mutual, del mapuche que mataron otra vez los pacos, sí, este es otro, cómo de nuevo, ¿y era joven?, un polluelo, ay, María, él le hacía collares que ella usaba como pulse-
ras, cenaban juntos, viendo tele, ella lo esperaba con la comida lista cuando salía de la ducha, los dos con hambre, venga, venga, dos palmaditas sobre el sillón, después otras bajo la espalda desnuda, María, sus mejillas rojas cuando los niños se dormían y los ladridos de los perros permitían hacer ruido, darse licencia, con cuidado con el velador, negrito, que no se vaya a dar vuelta, y fumando, la María, ella siempre fumaba en la cama y él reía contando chistes e historias que solo a él le daban risa, casi todas sobre su viejo, todas tontas, como la vez que huyó de los pacos a caballo, plenilunio, borrachero, las luces de la patrulla persiguiéndolo por el bosque y él saltando por encima de un zanjón de cinco metros, o cuando por no respetar un ceda el paso, un policía de tránsito le descubrió dos botellas de grapa abiertas y afirmadas cómodamente en el asiento del copiloto, él reía y María fumaba lento, mirando por la ventana, oyendo dormirse a los perros, coordinando su sueño con el de los niños.

Eso hasta que ella se enfermó.

Razones habrán pero quién sabe. Quizás fue porque la comida empezaron a comprarla en la ciudad, porque la forestal seguía regando cerca de la casa, porque la sembrada no alcanzaba, porque el huerto se secó, porque tuvieron que vender parte del sitio, porque las

gallinas tenían flojera y ponían poco, porque el agua estaba envenenada, porque los niños tienen que comprarse cuadernos para escribir, negro, libros de texto para estudiar, porque mejor tratemos la diabetes de la Catita, porque el Pato no va a querer verme así, mejor cuídeme las abejas, porque usted sabe cómo es la cosa, a veces nos agarra y no nos suelta y es todo tan rápido que no se alcanza ni a planificar cómo hacerle frente, preparar el cuerpo y el espíritu, cómo despedirse ni cómo seguir después cargando a solas troncos que pesan como un ataúd sobre los hombros, que astillan hondo, porque a veces el aire cobra otro espesor y las noches se hacen largas respirando.

* * *

Tú quitaste el vencido estoque del viento a los herejes. Tú le quebraste a la muerte el aguijón.

* * *

—¿Qué dibuja mi princesa? —dijo Pedro asomándose por encima del hombro de su hija.

—Somos nosotros —respondió y apuntó en la hoja de cuaderno tres personajes con el dedo índice—. Esta soy yo, este eres tú y ese es el Patonto.

El dibujo estaba hecho con lápiz scripto y mostraba tres figuras con cuerpo de palito, cabeza grande y diferentes rostros expresivos. La de más a la derecha tenía el pelo electrizado, las manos abiertas, la lengua afuera

y dos equis en los ojos. La de al medio, una extraña flor saliéndole de atrás de la cabeza, que subía hasta el borde de la página. La de la izquierda tenía los ojos cerrados y dormía profundamente.

—Está lindo, mi amor —le dijo Pedro, despidiéndose con un beso en la coronilla.

—Te lo regalo —respondió Catalina, arrancando la hoja de cuaderno que su padre se llevó guardada en su mochila.

* * *

Las dos se acurrucaron hacia la izquierda. Afuera, la lluvia se dejaba caer en silencio. Si uno le prestaba atención, estaba allí, presente. Si se hablaba, ya no se la oía. Giovanna acercó su cuerpo al de Andrea. Cruzó una mano sobre su pecho y, con ingenuidad, le preguntó:

—¿Será posible poner a una persona bajo un microscopio?

—¿Cómo?

—A una persona entera, ¿te imaginas cómo sería ver todas las células de alguien moviéndose al mismo tiempo?

Por unos segundos, ninguna dijo nada. Giovanna cerró los ojos. Oyó la lluvia. Alguna vez, otra noche, le había confesado a alguien que en momentos así sentía que el pensamiento se salía de ella misma. Amaba eso. Era una de sus cosas favoritas.

—No lo sé. Supongo que una lente lo suficientemente grande sería capaz de hacerlo —respondió Andrea.

—¿De verdad?

—No entiendo, ¿a qué vas con esto?

Las dos hablaban a un ritmo lento, con la piel cálida bajo sus poleras. Giovanna deslizaba su mano por la frente de ella. Abría y cerraba los ojos en relación a cada sonido. Hablar implicaba estar despierta. Pronto dormirían, y no había apuro. Todo se decía más despacio, sin cautela. Ella prestaba atención a su propio pulso y la lluvia bajaba el sopor del pensamiento.

—Quiero saber algo —dijo Giovanna.

—Dime.

—¿Qué sientes?

—¿Ahora?

—Sí.

—La lluvia. Tu voz detrás del cuello.

—¿Qué más?

—Un calor en el estómago. Tu mano en mis pechugas. La punta de tu rodilla rozando mi muslo. Tu nariz en mi nuca. Tu respiración.

—¿Qué más? —dijo Giovanna, estirándose sobre ella.

—¿Por qué me preguntas esto?

—Quiero saber algo.

Las palabras se extendían como un musgo ciego entre ambas.

—¿Qué cosa?

Giovanna la dio vuelta hacia ella y la tomó de cerca.

—Si puedes sentir tu propia piel.

* * *

Cuando María estaba, Pedro era distinto. Su humor se fue con ella, decían sus colegas. A él no le importaba. Tenía a sus hijos y sus dedos sanos y, aparte de una leve cojera en la rodilla izquierda, su cuerpo no hallaba problemas para trabajar.

Esa suerte era ajena a la de muchos compañeros. El propio Juan Carlos le hacía pensar esto con su cicatriz en el mentón. O José, «el Manito de Gato», que había perdido las falanges superiores de la mano izquierda y ahora la usaba solo para sostener una planilla. Las sierras eran asunto serio. Algunos viejos como Pedro les tenían respeto. Estas hojas culiás, le decía al Juan Carlos. De su metal come el diablo. Entonces miraba al joven Carrasco moviendo la sierra y pensaba en años de pura hacha, cuando volaban menos dedos y los árboles podían admirar atentos su cesárea.

Más tarde, cuando ambos se subieron a la camioneta de la empresa, Pedro contrastaba en su cabeza lo de antes: su propia heredad de roble contra este tiempo borracho en subcontrato. Miraba las máquinas. Esos enormes brazos con ruedas, capaces de trozar y desramar decenas de hectáreas en un solo día. ¿Qué se le iba a hacer? Cinco jornadas de trabajo de su cuadrilla cabían en lo que hacía un solo técnico. Pedro tosía. Escuchaba a los dueños de la planta forestal que no se cansaban de hablar de sus adquisiciones, elogiándolas sin pudor ante los obreros que iban a despedir. Cada tanto, imaginaba al señor John Deere sentado en su escritorio, abriendo

un cajoncito donde guardaba una botella de licor y los puros cubanos que fumaba escuchando jazz. Otras tardes, se quedaba mirando la cosechadora que arrancaba sin esfuerzo un eucalipto, le rasgaba la corteza y lo apilaba para que el mundo fuera formando un gusto a tierra seca en la garganta, la comuna se hiciera más etílica, las esquinas más cortas, el suelo seco bajo quienes iban y volvían, chocando unos contra otros, adormilados, clavados de astillas y manos cortadas por las sierras circulares, can-te-a-do-ras, huinchas múltiples, mientras sus niños, aturdidos, daban esos primeros tajos en los cuadernillos que hacían la entrada de la palabra: ga-to, go-ta, ma-má, da-me o-tra ga-lle-ta, la la-gu-na se se-có.

Pedro talaba como si su tos no existiese. Le hacía oídos sordos, confundiéndola con el ruido de la moto-sierra. Una tos puede ignorarse por un tiempo, pero al fin y al cabo es como el plazo de una deuda. Había empeorado y todo el mundo se la comentaba. Tenís que ir a verte esa custión, Marambio, le decía a veces el Juan Carlos. Parecís perro botao a morir.

A la hora de colación, se internaba en el bosque, lejos del resto de la cuadrilla. Buscaba un tocón amable o un tronco que diera sombra. El suelo cubierto de hojas mustias, ocre, crujiendo a cada paso. No era fácil arrancarse del sol en esa zona: el calor parecía subir desde el suelo. A esa hora el bosque tiene rabia y le irrita la gente. Quédate acá, hueón, comiendo con nosotros, le decía Juan Carlos. Pero él no hacía caso.

Mientras almorzaba, resolvía sus sudokus. Ya estaba por completar el nivel difícil y se sentía orgulloso.

Pensaba en cómo habrá sido inventar un juego así. Se imaginaba a un japonés aburrido mirando por la ventana de una oficina, dibujando cuadrillas y números en el vidrio humedecido por la lluvia.⁴ Pensaba si habría sido capaz él mismo de armar un juego de ese tipo si se lo hubiera propuesto alguna vez. Idear algo, una entretencción simple y noble, que cruzara continentes, como la madera. Llenaba la hoja, transpiraba mucho, afiebrado, limpiándose el sudor de la cara y las manos con una servilleta. Cada número es un árbol, se decía. Hay que ponerlo en su lugar y dejarlo crecer. Una vez que la página está llena, se tala el bosque. Luego, la página siguiente: más cuadrados blancos.

Pero la tos seguía su rol de obrero funerario. Entre cucharadas de porotos, Pedro comenzó a tener problemas para respirar. Dejó el cuadernillo a un lado y se llevó el puño derecho a la boca. Sangre. Una flema roja con puntos blancos en la mano. Pánico. Intentando levantarse, volteó la ollita de lata, tropezó y cayó con las palmas hundidas en hojas de eucalipto y porotos con riendas. Los ojos enrojecidos. Más tos, arcadas. Estaba demasiado lejos del grupo, no había caso. La arcilla manchaba el cuerpo a cuatro patas, tratando de hacer entrar el oxígeno. El olor a comida caliente, el vómito de hollejos y puré de fideos. La tierra seca manchando

⁴ En realidad, el origen de este juego está atribuido al ilustre matemático suizo Leonhard Euler, que vivió durante el siglo XVIII en Basilea.

la cara, volviéndose greda en las mejillas. Se oía un grito ahogado, pero por quién.

Cuando encontraron el cuerpo, los signos vitales eran débiles. Patricio llegó a la posta y su padre estaba conectado a un respirador artificial.

* * *

Patricio era un tronco. Estaba de pie junto a la cama de hospital, completamente abstraído del sonido, la mirada puesta en un tubo de plástico delgado y transparente que entraba por la boca de su padre. Un doctor hablaba a sus espaldas y una enfermera apoyaba una mano en su hombro derecho, en un gesto que él no lograba sentir. En ese momento, su cuerpo había sido presurizado fuera del mundo y las palabras le llegaban como monedas arrojadas a un estanque. Estaba fijo en el rostro de Pedro, en las sábanas tapándolo del pecho hasta los pies. Estuvo sentado cuatro horas al lado suyo, tan inmóvil como él. Miraba tele. El ritmo del respirador lo apenaba. Los tubos llenos de humedad, gotas de sangre, aliento fresco y falso. La asepsia de la pieza marcada por reloj. En la pantalla cualquier cosa, un matinal, videos de música, noticias sobre un brote de escarlatina en Barcelona, un atentado en Francia, disturbios en el centro de Santiago y el anuncio de la temporada de incendios forestales que cada tanto amenazaba el sueño de los niños eucalipto, pálidos y deshidratados como Pedro y los otros cuatro conversos de aquel jornal infame, entubados en las habitaciones

vecinas del hospital, mientras sus hijos suplicaban que no se durmieran para siempre.

Se preguntaba si lo habían abierto en algún sitio. Si respirando así uno era más un cuerpo o una marioneta. Si lo escuchaba hablarle. El sol iluminaba el tubo plástico y en su interior el aire se dejaba ver espeso. El doctor le explicaba cosas, parco y en extenso, pero la quietud del charco era apenas aturdida por pequeños círculos de realidad. Lo que en verdad le preocupaba era su hermana. Nadie le había dicho nada. ¿A qué hora salía del colegio? ¿Qué pensaría al llegar a casa y no encontrar a nadie?

Besó la frente de su padre, le preguntó a la enfermera cuándo era el próximo horario de visitas, agradeció con una inclinación de la cabeza y se dio media vuelta para salir de la habitación.

Llegó en colectivo a la puerta del colegio. Transpirado la esperó, hola, vamos, ¿qué pasó?, nada, pendeja, camina, ¿por qué temblái así?, ya po, apúrate, que hace hambre. En el camino inventó que Pedro había tenido que ir a ver a la tía Carmela. Que ella se había tropezado moviendo un mueble, se quebró un hombro y ahora debía hacer reposo absoluto. Que el papá se había ofrecido para cuidarla. Que llegaba a la noche o tal vez después. Que no le dijo cuándo. Que se sentara y lo dejara cocinar. Que si tenía tarea la hicieran juntos. Que si quería fideos o arroz con las vienesas.

Mientras su hermana dormía siesta, se metió al computador. Les escribió a unos amigos. Cogió un cortaviento negro y salió. Compró cerveza en la botillería

de la esquina y luego caminó hasta la plaza. Se encontró con ellos en los juegos infantiles.

La tarde se hacía húmeda cerca de la noche. Se fumaron tres porros entre los cuatro, mal enrolados, tosiendo fuerte, riendo como caballos, bajando seis litros tibios y colgándose de los fierros simulando olimpiadas y carreras en las máquinas de ejercicio. La prueba era así: se subían cada uno a una elíptica y jugaban a quién duraba más empujando a toda velocidad los fierros amarillos. A ojos cerrados, Patricio sentía que su cuerpo se curvaba, elevándose, como si en cualquier momento fuera a tropezarse y despertar de vuelta en un día de colegio, en el campeonato interregional de fútbol, dormido en un bus hediondo a derrota, en el camión de vuelta con su papá, abrazado a la Cata, los dos del porte de una mochila, sentados muy cerca y con ganas de orinar, la cabeza por fin fuera del agua de la piscina, agarrándose a combos con el compañero de curso que le había hecho una chinita, mordiendo el cuello de su primera polola, llorando por un pelotazo en el estómago, al lado de una bicicleta chocada, una puerta reventada contra un dedo, despejando incógnitas en una hoja de cuaderno, saliendo a disertar a la pizarra, enseñando a su hermana a dividir, corriéndose pajas en un cubículo de baño, en la cama de su abuela, en la mesa de la cocina, drogado en el bus de Curanilahue a Conce, la cabeza rendida sobre un plato de tallarines, vomitado, chocando con la puerta de un bar, destruyendo un paradero, pasándose en el viaje de vuelta y despertando en el terminal de otra ciudad, acalorado

levantando cabeza después de hacerse un autogol, secándose la cara debajo de la polera, ese olor a sudor y vergüenza por sí mismo, mientras su padre dormía en el sillón, la ropa puesta, una bandeja sobre la guata, las cejas manchadas de aserrín, la barba vieja, el duelo de María, su estuche de cosméticos oculto en un cajón del baño, los remedios en su velador, los tarros de miel, su cartera llena con calzones, libretas, pañuelos, estuches, fotos, labiales, su voz oída de pronto desde la cocina, como si viniese, como si en el sueño pudieran todavía conversar y preguntarle cómo está mamita, bien mi amor, tranquilo, ya no me duele nada, la extraño mucho, yo también, mi vida, la cabeza de pronto despegada de la almohada, del baboso charco sobre la tela con moscas girando en el calor de la pieza, olvidando la fuerza con que el cuerpo empuja el metal del mundo, la cama blanca de su padre y sus amigos, más débiles, en pálida, brazos y piernas raja, y él incólume, estoico, marcial, todavía ojos cerrados, manos firmes, piernas temblonas, pegado a un mismo gesto como si seguir corriendo lo alejara por más tiempo en esa elipse.

* * *

Pedro empujó la puerta de madera, un poco trabada desde la bisagra, y el olor a encierro le golpeó en la cara. Una gallina pasó rauda entre sus piernas, devolviéndose a la luz después de cuántos días. Su padre estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared del fondo. Cabeza gacha, mentón al pecho.

—Oiga, taita...

Del viejo escurría una baba socarrona. De las burbujas acumuladas junto al cuello de la camisa subía un murmullo pesado, incómodo. Pedro se tapó la nariz. Lo agarró de las axilas y lo arrastró lejos del rincón de los chuicos que rodaron por el piso de tierra.

Ya con el viejo tendido a la salida de la casa, fue a buscar un balde que tenía unos bichos pegados debajo. Con ese mismo le arrojó el agua fría.

—¡Aaaah carajoooooyy! —La voz aguda espantó a las gallinas que picoteaban cerca. Pedro contuvo una carcajada.

—Papá, ¿me escucha?

—¿Qué pasa, mierda? —Sus palabras salían húmedas y pesadas, mirando el piso.

—¿No ha visto a la María? ¿No ha pasado por acá?

El hombre recobró parte de su temple y se incorporó sacudiéndose el cabello y la camisa empapados. Sus ojos parecían hundidos en un pozo rojo, al fondo de la cara. Partió detrás de las gallinas que asomaban el cuello junto a la puerta abierta, dando manotazos al aire, musitando su maña vieja, y la cerró.

* * *

—No, la tía Carmela aún no mejora. Tal vez mañana.

La Catita preguntaba por su padre. Tomaban desayuno juntos y lo primero que hacía su hermano era mentirle. La tele era un telón de fondo roto, con mala

señal. El Pato se levantó a apagarla cuando decidió que no había caso con la antena. Le dijo a la Catita que se apurara, que ya no podía llegar tarde al colegio, que él iría a dejarla hasta la puerta.

De vuelta en casa, se metió al computador. Un amigo le escribió que cuándo pensaba aparecerse, que en el curso ya se estaban olvidando de su cara. Patricio le respondió con un meme y cerró Facebook. Se puso a googlear sobre la palabra coma.

Lo primero que descubrió es que nunca había prestado atención a los múltiples significados de una palabra. Aunque el primer artículo de Wikipedia que abrió no era el que buscaba, una serie de conceptos cautivó su interés por unos instantes. Enunciado. Conjunciones. Conjuntivas. Locuciones. Vocativo. Predicado. Hizo clic en otro artículo. Coma. Entró en la acepción médica del término. Recordó por un momento un pie asomándose bajo la sábana blanca de la cama de hospital. Un dedo tieso, sin olor, como de goma. El concepto indicado venía del griego, sueño profundo.⁵ Un

⁵ La expresión *κῶμα* implica un estado de sopor o sueño profundo, proveniente del verbo *kime*, que significa estar echado o postrado. Pero esta raíz induce a confusión. En el sueño no hay negación de la vigilia. Quien duerme pasa por tantas cosas dentro como el que piensa. El filósofo Hipón reflexionó de esta manera la noche en que Águeda, su esposa, cayó de cabeza a un foso vacío y entró en estado catatónico. El hombre, entonces, pasó meses elaborando teorías sobre la materia de los sueños, a la espera de que su amada despertase. Un día se le ocurrió que los sueños están hechos de agua, que la luz exterior entra en ellos y se

coma puede provocarse por intoxicación —etílica, de drogas o tóxicos—, un paro cardiorrespiratorio, anomalías metabólicas, enfermedades del sistema nervioso central, ACV's, traumatismos encéfalo-craneanos, convulsiones, hipoxia y otros asuntos intraducibles. Coma. Una pequeña marca, un leve rasguño que separa el habla, pausa, da aire, permite que el pensamiento se estire, afirme sus extremos, un descanso para el ojo cansado de ver, la aberración inherente a determinados sistemas ópticos, un estado grave de pérdida de conciencia. No hubo caso. Siempre queda demasiado por leer como para hacer un diagnóstico por nosotros mismos. Pensar es inútil. Imaginar cansa y desanima. Patricio abrió otras páginas médicas, reportajes y foros de discusión.

refracta generando las imágenes que rodean al durmiente. Luego, una semana después de la muerte de Águeda, el filósofo tuvo un sueño donde caminaba por un largo sendero que conectaba todos los cerros de la tierra. En la ensoñación, Hipón paseaba junto a su mujer y su hijo Hipólito, mientras las aves cantaban una música del futuro. El día estaba límpido aunque el sol no apareciera en ningún lugar del cielo. Su familia iba por la tierra irisada, invitándolo a seguirlos. Le tiraba su hijo de la toga para que se apresurara y entonces vio que el camino terminaba en una montaña de siete colores. Cuando sus pies tocaron el suelo, sintió no arena, sino una sustancia líquida y a la vez resistente, que dejaba hundir en ella las manos y el cuerpo, como el aguanieve. Hipón anotó al despertarse que esa sustancia era el origen, el primer elemento de las cosas, su líquido *arché*. La historia cuenta que al despertar del sueño, Hipón clavó tres hojas de eucalipto sobre el dintel de su casa, partió hacia las afueras de la ciudad de Metaponto y se sacó los ojos ante un altar a Morfeo.

Información a chorros. En ningún lado decía qué tenía su padre.

Se levantó y el hambre lo llevó de la mano a la cocina. Abrió el refrigerador, sacó un quesillo viejo, en dudoso estado. Lo puso en una marraqueta y se sirvió un vaso con lo que quedaba de cerveza. Su mirada, desvanecida como el trago, se fue cerrando con los minutos hasta hacerse un negro sueño del cuerpo tendido de espaldas en el sillón.

Sonó que moría. Un manto blanco lo devoraba. Babeó el cojín. Estuvo varios minutos en un limbo de parálisis. Trataba de gritar, pero no pudo. El cuerpo tieso. La cara roja, transpirada. Una tabla de madera río abajo. Pensó que eso era, que de pronto los órganos sucumbían a un fallo congénito. Pensó si habría sido o no un buen hijo. Pensó en la Cata, en su mamá. Pensó en las dos. Varios nombres de mujeres pasaron por su cabeza sin fijar una cara, un cuerpo o una voz. Miró con dificultad su casa, el living desierto, sintió pena y luego nada. Cerró los ojos entregado al sueño. Una voz acuática lo llamaba. Solo veía el color verde. Oyó un nombre, la voz cálida más cerca de su oído. Se miró las manos hechas agua. En un espejo, se vio translúcido como si su piel fuera de mimbre. La voz la oía dentro. Sus pies estaban sobre una tierra húmeda, como la del fondo de un lago seco. Miró hacia abajo y vio a su padre. Su rostro multiplicado cientos de miles de veces. Sus ojos abiertos junto a números y signos brillantes escritos en hileras y cubículos. Un vasto espacio verde musgo. Los ojos se hablaban, fijos en él. Su cuerpo en

medio de todo eso era un punto. Un aire breve. Aterrado, forcejeaba, intentaba despegar los pies del suelo para correr dejando el bosque lejos, pero se hizo agua entero y despertó.

* * *

Giovanna cerró el cuaderno. Estaba de paso en Valdivia por unos días, avanzando en un trabajo de catalogación de hongos que le había encargado la Universidad Austral. Junto a una estufa a leña, revisaba sus apuntes de esa tarde, copiando algunos que quizás podrían servirle para su libro. En eso estuvo hasta que la voz de Andrea la llamó desde el segundo piso de la cabaña.

Algunos apuntes especulaban:

El hongo es rojo, textura gelatinosa, efectivamente como de gomita. Encuentro este *Guepiniopsis alpina* sobre un tronco de peumo caído. La piel pálida y grisácea de la madera se luce como cadáver. El árbol tiene la raíz abierta. El inicio del tronco, hueco, podrido. Su esencia, en cambio, parece guardada en esas gelatinas. No por nada a ciertas gomitas en Chile se les llama «sustancia».

El nombre común para otro hongo de esta misma familia, pero de distinto color, es «caca de duende». Hongo mucilaginoso que forma plasmodios, una masa ameboide con desplazamiento propio. Su otro nombre común es «vómito de perro». Lo he encontrado en el suelo,

generalmente cubierto de hojarasca o de restos vegetales y sobre madera descompuesta. Cosmopolita. Amarillo. También son móviles, pequeñas amebas que avanzan por troncos podridos de arrayán. Don Carlos me ayuda con algunas historias. Andrea conversa con él y lo entusiasma, simpatiquísima alienta su fuego. Él es el cuidador del parque. No nos deja ingresar con alimentos. Nos pide las botellas de agua. Todo debe quedar en recepción. Escondo este cuaderno en mi cortaviento. Olvido la marihuana en el banano. La caca de duende, nos dice, más al sur, marca la presencia del Trauco.

El *Guepiniopsis* o «gomita del bosque» suele ser devorado por un pequeño escarabajo, de la familia tenebriónidos, que hace poco fue catalogado bajo el género *Heliofugus*. Logro hacerme con un ejemplar que hallo detenido junto a mi bototo (¿qué habría sido de mí de pisarlo?), escondido entre unas hojas. Lo pongo en mi mano. Juego con Andrea a mirarlo y ponerlo en perspectivas fotográficas. Fascinadas, parecemos dos bichos que salieron de un frasco a mirar el mundo. El borde es un cristal angosto, se lo puede oler.

Aextoxicon punctatum. Olivillo. Olivillo. Qué linda palabra. La lengua empuja su sonido por la nariz. He leído que sus frutos maduran como pequeñas aceitunas negras. Pero el nombre engaña: no son olivos y sus troncos son enormes.

Advierto en la corteza de un canelo una proliferación de nódulos que parecen signos, o estrías de un parto. Me pregunto qué clase de lenguaje habita allí. A quién le habla. La corteza de este árbol es alta en vitamina C. ¿Pero de qué sirve esa propiedad para la hipótesis? Toco el tronco con el dedo. Le confío mi secreto, lo raspo y pienso en braille. Acaso sé leer, no recibo nada. Ella me busca. Me he quedado atrás sacando fotos. La luz corta diagonal este jeroglífico. Seguimos el sendero conversando sobre la posibilidad de una lengua gráfica, un idioma del ojo más que del oído.

Llegamos al final del bosque de olivillos en Curiñanco, donde termina la carretera que sale de Valdivia a Niebla y ahora estoy sentada donde acaba la ruta que abre el sendero del parque. Miro las copas treinta, cuarenta metros más arriba. ¿Qué piensa una medida contra su vastedad? Hay algo en la amplitud a escala. No es igual decir que algo es tan grande como la luna o como el mar: a nadie le cabe eso en la cabeza. He ahí la dificultad de hallar una enormidad precisa. La miro detenida en el mirador. Su figura menuda junto a la mía, magnífica bajo los árboles. Admiro la forma en que su cabello suelto deja entrever el mar al fondo y al mismo tiempo los gestos sutiles que ella hace para peinarlo. En hallar medida hay grandeza. Los troncos de olivillo nos hacen estirar el cuello y mejorar la postura corporal mientras paseamos. Lo que busco no está sino en esa ampliación

del aire por contemplar la altura. La veo e imagino que mis pulmones son un órgano elástico, que mi respiración me cruza y la toca bebiendo de la suya. Que soy por un instante un tronco abriéndose paso hacia la luz. Quiero mostrarle que soy suya, la misma especie unida por debajo, mientras el sol avanza sobre las olas y nuestros troncos envejecen, unidos, un par de siglos más.

* * *

Con un tiempo de viento y hojas sueltas, que obligaba a subir y bajarse el cierre del polerón constantemente, a pensar mucho, Patricio dejó la casa atrás. Los pantalones de buzo, viejos y rotos al costado derecho, se manchaban de tierra.

La erosión, el suelo astillado, comenzaba antes del letrero que indicaba «territorio forestal». Patricio caminaba cerro arriba, ayudado por un palo bastón. Le gustaba llegar hasta el cerco eléctrico y admirar el portentoso cierre perimetral. Desde hace un tiempo que los estaban haciendo así: unas vallas de varios metros, cruzadas de un alambre donde quedaban fritas las aves. Estiró los ojos hacia el otro lado. Se preguntaba cuánto faltaría para que vinieran los hombres que trabajaban varios kilómetros más adentro y talaran esa parte del bosque.

¿Te acordái de esa caminata a Trongol Alto donde te hiciste caca en mis brazos y la mamá se enojó conmigo por casi soltarte para taparme la nariz, barata? Esa lenta humedad en las mejillas, el olor a musgo, a digüene

suelto, los pies chupados por el barro, la urticaria de tobillos en la ortiga y los susurros de los peumos ocultando zorros y pudúes que arrancaban de nosotros, la piel radiante por el frío, cuando aquí mismo no había cerco que cruzar y el bosque húmedo estaba lleno de changles y loyos que la mamá nos enseñaba a recoger, ¿te acordái, mojón feo, de cómo era todo antes de estos troncos de mentira?

Hablaba para sí. Los eucaliptos se repetían como espejos que rebotan el sol y él lamía sus labios partidos. Ese ardor molesto lo hacía imaginarse en medio del Pacífico, flotando por días en un esquife. Llevaba tierra pegada a la comisura de la boca. Una prolongación de la poca barba, un mechón de pelo sucio. La piel ocultaba en los zapatos su afinidad con otros reinos. Los pies le picaban y la noche anterior se había sacado de entre los dedos trozos de piel blanca. El sol cruzaba los bosques, se metía en los arroyos y en el corazón de los zorrales, bebía de vertientes, humedales y pozones, secaba los ojos de lechuzas colgadas del alambre eléctrico. Se preguntó hace cuánto no llovía. No sabía si las últimas gotas habían bajado antes de que su padre cayera en coma.

Entre los árboles, una vaca muerta. Patricio se acercó a inspeccionarla detenidamente, como quien hace zoom con los dedos a una fotografía. Tenía la quijada rota, desprendida como un trozo de charqui de la cara. La piel sellada contra el hueso. La cuenca de un ojo guarecía una familia de moscas, que trabajaba poco y lento y eso era todo. Lo restante quedaba para el sol.

Ni hormigas ni hongos quisieron ir a deshacer. Miró con asco la escena. Le enfermaba que la vaca no tuviera olor. Los animales muertos a los que se había enfrentado siempre le dejaban un recuerdo sensorial de varios días, cortesía que ahora, ausente, lo llevaba de vuelta al cuerpo de su padre. Esa piel seca, desgastándose a solas en la pieza de hospital, mientras un pulso ajeno le cargaba los pulmones. Sintió rabia y desconsuelo y quiso llorar y que lloviera y nadie pudiese distinguir ambas acciones en su rostro. Pateó con fuerza la cabeza de la vaca y un trozo de quijada rectangular voló unos cuantos metros en el aire, levantando polvo al desplomarse.

Siguió caminando. Más bichos y pájaros muertos. Era como si la hectárea entera fuese barrida por una taxidermia que borraba los recuerdos a té de boldo junto a la cocina a leña donde escuchaba a su mamá rezándole por lluvia al arcángel San Miguel. Un hedor a polvo y eucalipto llenaba las narices. Se sonó como hacen los futbolistas, limpió su mano en el pantalón, mantuvo el paso y la vista adelante.

* * *

Las agujas de pino pinchaban en la cara. Alguien tenía que empujar hacia adelante sus ramas pesadas mientras otro levantaba el cerco de alambre. ¿Dónde estoy?, se preguntaba Pedro. La gente pasaba de una en una por allí. Avanzó detrás del grupo. Iba cargando unas frazadas a la espalda y con la otra mano sostenía un bidón de agua. Su amigo Juan Carlos caminaba delante suyo

tironeando de una burra cargada con enseres. El animal, viejo y mañoso, intentaba desviarse del camino, monte arriba, entre los pastos. A Juan Carlos le faltaba fuerza, su semblante y sus brazos parecían los de un niño.

—¡Ya pue, hombre! —susurraba desde atrás una voz anciana, reprendiendo al atarantado Juan Carlitos—. ¡Más ñeque póngale!

Mientras miraba la figura de su amigo aniñándose a cada jalón, recordó el tiempo de las cooperativas campesinas. Una historia que había oído de su padre y que regresaba ahora, proyectada sobre el enorme pastizal y los faldeos de la cordillera de Nahuelbuta, como un juego de transparencias bajo la luz intermitente de la luna. De pronto, todo lo que tocaba la vista era un solo terreno compartido. Avanzaba entre hombres, niños y mujeres translúcidas, que lo rodeaban cargando alimentos y materiales de construcción, pasando delante de unos viejos sentados más allá jugando brisca en un tocón de ulmo, bebiendo la chicha fresca, donde una luz de mediodía interrumpía la noche migrante, invitando a abrirse la camisa y aplaudir mientras se recogen las cartas y el dinero. Ese mundo pasaba a través del suyo y él temía la apertura: ¿Estaré muerto que me saludan sin tocarme?, dudaba mientras sentía que algo le mordía entre los dedos de los pies.

La vieja le empujó la espalda. El otro grupo, opaco, seguía adelante, concentrado en su misión. El doble de Juan Carlos ya afirmaba mejor los estribos entre sus brazos que habían crecido hasta volverse adultos. Pedro permaneció de pie, mirándose las manos.

Juan Carlos giró la cabeza y le pidió que apurara el paso. Tenía los ojos como nublados. Falta poco, le dijo, apuntando la reja que unos kilómetros más allá cerraba el paso. Eso de ahí ya es Mundo Nuevo.

Entonces, Pedro se detuvo.

—Disculpe, amigo, ¿no habrá visto a una mujer que pasó por aquí? Morena, como de mi porte, a veces lleva el pelo trenzado en un broche azul —preguntó con una voz que no le pareció la suya.

Pero los campesinos marchaban cabizbajos. Una luz violeta les iluminaba en el rostro que apenas miraba al frente era devuelto al piso como por resorte. Arrastraban enseres que parecían haber sobrevivido a un incendio. Entonces, Pedro miró a dos niños que pasaron llevando un colchón medio chamuscado cargado encima con un televisor, frazadas, una mesa y sillas, una lavadora, dos bicicletas, un perro negro que ladraba, un par de libros y herramientas de trabajo.

—Oiga, pariente, ¿no sabe usted de mi mujer?

Intentó tocar el hombro del niño, pero su mano lo atravesó como si estuviera pasando por agua.

Entonces el niño pidió a su hermana que se detuvieran. Apoyaron el colchón en el piso y miraron a Pedro que, juntando valor, continuaba:

—María, se llama. María Lemún.

* * *

Una mañana aparecieron tres gatitos a un costado del gallinero. Catalina se enamoró de ellos al primer momento.

Dejó el plato con los huevos que recolectaba para el desayuno y se acercó a mirarlos. Era sábado, mediodía, y su hermano aún no se levantaba. Ella se había cansado de golpearle la puerta de su pieza.

A los gatos los encontró apretados contra un rincón, ocultos entre la vertical de una madera, una malla de alambre levantada en curva y un trozo de lata vieja que los cubría a medias. Si estiraba sus dedos, los gatos le gruñían. Primaba el instinto. Aunque las tres criaturas apenas sabían caminar ya intentaban defenderse del mundo. Fue cuando Catalina quiso tomar uno en sus manos que apareció la madre. Una gata mitad negra, mitad blanca, delgada, territorial. Se le puso delante, engrifada entera. Las gallinas alborotadas partieron a esconderse. En ese revuelo de plumas y polvo, se manchó el vestido con los huevos rotos en los que cayó de poto. La gata saltó lejos, observando todo. Mientras se enderezaba y limpiaba su vestido, notó que faltaba una de las gallinas cluecas. Entró a casa. Golpeó de nuevo, más fuerte, hasta que el Pato le abrió.

—Mira lo que me encontré.

Dos ojos entreabiertos y legañosos, apenas capaces de recibir la luz, lo saludaban. El gatito asustado estiraba sus patas para aferrarse al aire o desprenderse de las garras de la niña.

—¿Y este? —dijo su hermano, cogiéndolo en brazos y haciéndole carño en la nariz.

—Estaba detrás del gallinero. Lo saqué sin que la mamá se diera cuenta.

—¿Del gallinero? —respondió con voz aguda—. ¡Cata, por la cresta! —Y partió corriendo fuera de casa en unos bóxer a cuadrillé rojo y una polera negra de Metallica. Sus pies pelados levantaron polvo hasta llegar a la malla de alambre que la gata trataba de pasar por debajo, estirada como un chicle entre la tierra y el metal, mientras las gallinas la miraban aleteando con pánico.

—¡Sale, conchetumare! ¡Vírate, gata culiá!

Por un instante, los ojos de la gata se cruzaron con los suyos, completamente abiertos y furiosos, antes que una patada de Patricio la hiciera volar sobre sus crías, que observaban aterrorizadas en un rincón del gallinero, apenas sosteniéndose las cabezas, pero grifando.

La Catita lloraba detrás suyo, le daba puñetazos leves en la espalda que se sentían como una porotera disparada encima de una parka, ¡Patonto culiao! ¡Te odio!, y dos horas después le preguntaba cuál nombre prefería para la gata chica, si Pizarra o Mantequilla, es que mírala, toda blancucha con manchas negras, si se parece a la manteca que dejaste afuera y se tapó de moscas, los dos muertos de la risa, Patricio persiguiéndola con un cuchillo de grasa desvanecida en bichos, la niña en gritos de voz blanca, la gata saltando y corriendo detrás de ellos, volcando tazas, soltando pulgas, creciendo de a poco mientras su felina madre volvía a acechar adonde mismo.

* * *

Las definiciones son semillas. Por gracilidad suya la esencia nos da de sus brotares y sabemos las cosas. Lo que conocí no viene de lo visto plegado en uno mismo. Las esencias lisas, caras nobles, sin grabar, bajan si sabemos prepararnos, abrirnos al gran nervio, oír por debajo. Su voz define la semilla, respira despacio y da verdad. Quien la oye guarda un bosque adentro. Rasga la tela. Su palabra hace la génesis de lo que dice.

* * *

Con Catalina, su mamá hacía algo que Patricio envidiaba mucho. Se acurrucaba a su cuerpo y le decía, sople, mi amor, sople fuerte, tire pafuera el bicho, bótelo que yo se lo guardo. Ponía una mano en su frente, inhalaba hondo y pedía a Dios que la enfermedad saliera de la niña y se quedara en ella. Pensaba que si su mandato era que alguien sufriera, esa persona bien podía ser ella y no su hija. Este acto de amor hacía llorar a Catalina, no de emoción, sino de miedo. No quiero que te mueras, mamá, le decía llorando a moco tendido, y ponía furioso a su hermano, que espiaba con las orejas acaloradas detrás de la puerta.

Patricio recordaba aquello mientras acompañaba el pulso del cuerpo enflaquecido, alimentado por las venas, oxigenado por las máquinas de pronóstico incierto y cada vez más desalentador. Los doctores iban y venían para responder las preguntas de los pocos familiares que

se preocupaban por Pedro y los niños, un rato, y luego se olvidaban del asunto.

La tía Carmela, por ejemplo, fue a pasar con los niños un fin de semana. Apenas entró a la casa, retó al sobrino por no avisarle antes y haberle inventado tanta tontera a su hermana. ¿Acaso tiene mierda en la cabeza? Vaya a acostarse, le dijo y, mientras Patricio caminaba hacia su habitación, insistió en que si volvía a tratar a así a la Catalina iba a llamar a Carabineros. La visita, eso sí, no volvió a repetirse: la tía salió arrancando el lunes en la mañana. Se había amanecido gritando y dando manotazos desesperada al encontrar su cama llena de insectos que cubrían sus piernas y brazos y que la acompañaron hasta la ducha, donde fueron expulsados por un chorro de agua fría. Su sobrino se ofreció a acompañarla al paradero. No, así está bien, respondió, con la cabeza envuelta en una toalla, aún temblando, antes de desaparecer entre la neblina de madrugada. Patricio sonrió y dio la media vuelta, cerró la puerta con llave, botó en el patio una caja de galletas repleta de baratas y fue a despertar a su hermana para que tomaran desayuno.

Se preguntaba si su madre estaría mirando todo esto. Si flotaba por arriba o por debajo de la habitación. Imaginaba el tiempo en que ella tenía sus colmenas. Meses de verla vestirse como astronauta y salir al patio a marear obreras con el ahumador lleno de romero, ruda y hojas de laurel. María deslizaba sus manos al panal, mientras el hijo espiaba desde la casa, anhelando cucharadas de miel fresca sobre el pan.

Luego vinieron días raros. Puñados de abejas muertas en las manos. Una tos seca. Un tono más sutil de Pedro.

Patricio miraba por la ventana del hospital.

—Yo te siento, mami. Por favor, haz que el papá abra los ojos.

* * *

—¿Sí?

—¿Giovanna Oddó?

—Con ella.

—Disculpe la hora, pero es urgente. Le habla el doctor Martín Moreno. —La voz del otro lado del teléfono aún sonaba como si estuviera sumergida bajo el agua. Giovanna se frotaba los ojos para escuchar mejor—. ¿Podría presentarse hoy a primera hora en el Hospital Provincial de Curanilahue? Necesitamos de su ayuda.

Giovanna puso tres alarmas en su celular y siguió durmiendo.

Bajo el azul que precede al amanecer, condujo hasta Curanilahue. La autopista vacía la hizo imaginar hipótesis sobre el caso. Recordó la vez en que acudió a otro hospital para revisar a una guagua con una candidiasis tan invasiva que tenía manchas rojas en todo el cuerpo y la lengua se le había vuelto blanca. ¿De dónde sacaron mi número?, se preguntaba, tratando de recordar si su teléfono aparecía en alguno de sus artículos publicados en la web y entonces pasó delante de dos camiones incendiados, que asemejaban cadáveres de paquidermos apostados a un costado de la carretera.

Giovanna, sin entender por qué la harían viajar hora y media para mirar un archivo que podrían haberle enviado por correo, acercó los ojos a la pantalla y guardó silencio durante unos minutos de absoluta concentración.

—¿Esta persona vive? —respondió.

—Estuvo en coma más de un mes. Los otros contagiados murieron la semana pasada. Ahora subimos a verlo.

* * *

Pedro levantó la cabeza. Se demoraba en enfocar una vista de cerros que se venían encima. Cerca, dos chanchos repartíendose manzanas verdes, hozando en sus pies desnudos. Arrastró una pierna y se incorporó, apoyando la espalda en el árbol. El suelo estaba minado de botellas que conducían en dirección a la voz de su padre.

—Venga, cresta. —El viejo puso un vaso al borde de la mesa.

La tarde tenía olor a vinagre, a verdura meada por los animales. Se sentaron a tomar sin mirarse, atendiendo al sonido del viento que cortaba las cabezas de los pájaros. Su padre ya estaba borracho y le enervaba.

—Vi pasar las carretas. Los bueyes moviéndose despacio. Ese crujir de la piedra bajo la rueda. Los hombres venían como dormíos. —El aguardiente parecía no tener sabor en la garganta—. Y la vi a la muerta. La bichita esa. —Pedro apretó el vaso en el puño—. Tu mujer qui no aguantó el matabicho, no se pu'o el polvo, ¡como insecto qu'era! ¡La bicharraca! —Su padre

se reía a carcajadas, afirmándose la cara frente a Pedro, que encaramado sobre la mesa no conseguía asestarle el golpe. Sus manos se ralentizaban y se hacían pequeñas y de pronto su cuerpo era del porte de una gallina y tuvo que arrancar dando unos saltos atarantados y luego enterrar la cabeza en el suelo para que el viejo no se lo hiciera una cazuela.

Entonces creyó escuchar a María, estuvo seguro: no su voz sino una especie de aliento cálido que venía de lejos y lo guiaba. Era como si el mundo estuviera hecho de tacto. Un entorno de tierra húmeda. Un corte que sangra. Empujó la oscuridad que lo rodeaba y avanzó como siguiendo una sed, dejando una hilera de su propio cuerpo después de moverse. Por alguna razón, lo que parecía adentro empezaba como traído desde fuera. Estaba el eco de esta voz que lo llamaba pero su propio cuerpo era una frontera ambigua. Pedro avanzaba uniéndose a lo que encontraba por debajo, bichos, cadáveres, raíces, piedra molida, y el contacto expandía su propia referencia, como una sombra blanca estirándose bajo la tierra.⁶

⁶ Es evidente la limitación con que el lenguaje de entonces borronea esta experiencia. No se menciona que bajo los sueños de Pedro comenzaba la simbiosis: las esporas penetraban la primera meninge y sus impulsos eléctricos de resistencia eran transformados en visiones. Hoy sabemos que esta pérdida de conciencia implica un proceso de asimilación neural del hongo que amplía la propiocepción del huésped, incluyéndolo dentro de una red mayor. Como ha señalado la antropóloga Cecilia Nancucheo: «Es más que el descentramiento. Quiere decir que

* * *

—Hasta donde sabemos, el *Cryptococcus neoformans* se manifiesta principalmente en personas inmunocomprometidas, y es, en este sentido, oportunista. Los casos de un sistema normal afectado por hongos son escasos y han sido hallados únicamente en la Columbia británica.

En 1999, un brote de *Cryptococcus gattii*, una especie de hongo de la misma familia, pero notablemente más complejo y agresivo, emergió en la isla de Vancouver, Canadá, donde se reportaron casos de contagio en animales y personas —algo extrañísimo dado que la temperatura promedio de un mamífero conforma un ambiente insostenible para la mayor parte del reino fungi—. Un número considerable de personas murió junto a una variedad de gatos, perros, mapaches y otros mamíferos infectados.

el cuerpo está poblado de imágenes de otros, imágenes que lo engloban a él junto con otros y que le permiten percibirse. Imágenes de relaciones con otros en la duración, imágenes que lo implican y no lo explican y que permanecen presentes hasta que otra imagen, de otras relaciones que acontezcan, las fuercen a negarse y a excluirse. La conciencia ya no es una entidad fija sino que “existe tal y como la sentimos”, y la sentimos por las imágenes que el cuerpo expandido forma de sus relaciones y por las ideas que forma de esas imágenes». Para quienes nacemos en Lo Vasto, este proceso se inicia durante la formación cerebral del feto, a partir de la tercera semana de gestación, cuando las esporas presentes en el cuerpo de la madre se disuelven y propagan en el útero.

Como les decía, únicamente dos serotipos (B y C) de este hongo han sido descritos, los cuales se adquieren a través de la inhalación de propágulos liberados en la atmósfera: una especie de polvillo letal que ingresa al cuerpo y causa estragos en los pulmones y el sistema nervioso. Los síntomas de la infección incluyen tos severa y falta de aliento, a menudo acompañados por escalofríos, sudores nocturnos, delirio, espasmos aleatorios en extremidades, calambres, temblor de manos y anorexia. Aproximadamente el noventa por ciento de los pacientes acaba con meningitis criptococal y menos del dos por ciento sobrevive.

Uno de mis estudios publicados en la *British Mycological Society Journal* indica que si bien antes la infección solía ser común en personas de la tercera edad, con patologías crónicas o residentes en territorios geográficos en los que el hongo suele ser frecuente, esto ha cambiado.

Hasta 1999, todos los casos de infección por *C. gattii* habían sido registrados en zonas subtropicales, principalmente en Australia, territorio de donde el hongo es endémico. No obstante, el brote de Vancouver implicó un cambio radical en cómo entendemos la infección fungi y la amenaza de este patógeno en particular. Esto, pues dicho brote no solo aumentó drásticamente el índice de mortalidad del *C. gattii* —que pasó de un porcentaje de 0.94 casos por millón de habitantes al año a 3400 casos por millón de habitantes al año—, sino que también evidenció la capacidad del hongo para desplazarse continentalmente y generar brotes in-

vasivos que, de no controlarse a tiempo, podrían desarrollar una pandemia.

La explicación que desde la Academia de Ciencias de los Estados Unidos se ha entregado para esto tiene que ver con el aumento de la temperatura del planeta a causa del calentamiento global y, asimismo, con el crecimiento desmedido de las empresas forestales y el monocultivo a gran escala en suelos que antes solían ser bosques con alta presencia de biodiversidad.

El gobierno de Australia, en especial, se ha interesado en financiar la investigación en torno al control y la erradicación de este hongo, pues el árbol con el que el *C. gattii* suele asociarse de mejor forma, y el único en el cual sus cuerpos fructíferos alcanzan madurez de forma masiva, es el *Eucalyptus globulus*, comúnmente conocido como eucalipto.⁷

Ahora bien, dado que en nuestro país existen cerca de dieciséis millones de hectáreas de cultivo de este árbol, el riesgo de un nuevo brote es, por decir menos, considerable. Y aún más cuando la mortalidad del hongo parece ser más radical, pues de los cinco casos registrados recientemente en trabajadores forestales solo uno sobrevive: un hombre que después de casi dos meses en coma, hoy, milagrosamente, ha despertado.

⁷ Fue precisamente la descomunal presencia del eucalipto en la zona lo que permitió el desarrollo del hongo a su fase mayor: una sola red de más de cinco mil hectáreas de largo, cuyas esporas contenían la posibilidad de cubrir una extensión diez veces mayor al ser liberadas.



II. Pedro el Vasto



Porque sentí, por eso le hablo ahora como yo. Antes vasto, no era solo. No era yo cuando sentí a la gente pasar encima, poner sus pies sobre nosotros. Vi cuadrillas de perros y hombres chaqueteados de azul, letras en ropas blancas con ojos atendidos a los árboles, los matorrales, no se fijaron nunca aquí debajo. Hola, a ellos les decía, quise hacerlo, pero no hablaba: no era más un separado. Les sentí pasar y no doler mas nos rompían. A cada paso perdimos pelo, mis nervios grandes se partieron. No importaba, volveremos a crecer, sabíamos. No alcanza número para llegarnos. Vamos siempre yendo arriba por debajo. Todos juntos somos tanto que ningún nombre nos cabría en torno.

Ahora, claro, al verlo a usted, sentirlo a usted, nada es a lo de entonces. Ya pedirme que hable rompe, me hace separación. Recuerdo este miedo, el temor de mi voz diciéndose, la mía oída, vergüenza del aire por el resto. Mi padre que era un caballo me pasó por encima mucho tiempo y ahí no pude recomponerme. Pero era yo, ¿me entiende? Ser uno y no vasto es el problema.

Yo vine a hablarle por mi hijo. Si él estuvo aquí conmigo fue por algo, yo lo oí. Si ahora he vuelto, le digo, es porque Dios se cansó de saberme hundido y me ha encomendado

una misión. El de arriba me quiere vertical. Propagar su voz. Y yo, como él, quiero a mi hijo, si no en la red vasta juntos, de pie a mi lado.

—Lo lamento, pero en este momento don Pedro no se encuentra disponible para visitas. Puede esperar acá afuera. Si gusta, puede tomar asiento.

—¿Qué sucede? No entiendo. Por favor, dígame, ¿qué le pasa a mi papá?

—Está dando su sermón.

* * *

¿Cómo contarle a la Cata? ¿Qué le digo? Qué raro está el clima, ¿hace cuánto que no llueve? La mamá está viendo esto en algún lado, yo lo sé. ¿Los muertos saben algo o solo miran? ¿Por qué no ayudan? Mamá, yo le pedí que el papito despertara. ¿Qué le digo ahora a la Cata? Hermanita, el papá abrió los ojos. Está despierto. Nunca le pedí que le cagara la cabeza.

Patricio pensaba sentado, esperando en el paradero frente al hospital. Al otro lado de la calle, miraba disolverse el círculo de la prensa, los móviles blancos estacionados, sus carteles de diferentes canales de televisión, los médicos diciendo ante las cámaras que la información quedaría suspendida hasta nuevo aviso,

que el hombre estaba bien, que había despertado, que necesitaba descansar. Un perro que pasaba entre medio de la gente se detuvo junto a un vehículo. Orinó una rueda, se rascó una oreja y trotó hasta desaparecer doblando por la esquina.

Cuando abrió la puerta de la casa, le sonó el celular.

—¿Hola?

—¿Patricio? ¿Patricio Marambio?

—¿Sí?

—Hola, soy tu tía Carmela. ¿Cómo estás?

—Qué tía, conchetumare.

Y le colgó.

Esa era la quinta vez en la mañana que lo llamaban para sacarle información. En un principio eran periodistas, profesionales que insistían ante las negativas e ignoraban el filo de las preguntas, el tajo que se le abría al expresar sus sentimientos. Pero eso duró poco.

Pronto comenzaron a llamarlo otras voces. Pitanzas, burlas, impostores. Identidades falsas destinadas a conseguir un fragmento de cualquier cosa. Un nombre, algún recuerdo sobre su padre. Todo así hasta un tipo que osó preguntarle por su mamá, por las fotos de ella que compartía en Facebook cada cierto tiempo. Patricio le dijo que se reunieran en persona para conversar. Quedaron para más tarde, ese mismo día, en una plaza en las afueras de la ciudad, cuando bajara el sol.

El reportero esperaba fumando afuera de una camioneta blanca. Miraba los juegos infantiles vacíos y desteñidos. Patricio llegó con una patota detrás, agarró al tipo por el cuello y entre tres lo pusieron contra

una pandereta. Un par de rodillazos en el estómago bastaron para que abriera la boca y le metieran dentro la grabadora.

—Dale, pregunta ahora, culiao. Pregunta lo que querái.

* * *

En un principio, nadie entendía nada. Los médicos le diagnosticaron un brote psicótico pasajero, consecuencia del coma, pero con el pasar de los días intuyeron una complejidad mayor. En su rostro, un ángel extraño tomaba protagonismo. Cuando Patricio llegó a verlo, sus palabras ya habían perdido la relación con el mundo. El cuerpo, aún contaminado, parecía no hacer mella de sí mismo. La voz de su padre levantaba un halo de vergüenza y extrañamiento sobre Patricio. No lo soportaba. Soltándose del abrazo de las enfermeras, salió del hospital de forma abrupta, llorando sin consuelo, dudando si pensar en que la muerte habría sido más cómoda era o no un pecado. Fue entonces, mientras Patricio caminaba a casa, cuando acudió a visitar a Pedro el primer hombre de fe.

Su nombre era Baltasar. Aquella tarde estaba en el hospital visitando a su abuela que se recuperaba de una fractura de cadera: su perro Goloso, a quien ella llamaba Golos, la había sorprendido una mañana subiendo a toda prisa los peldaños de la escalera de madera que conectaba el pequeño living con el dormitorio del segundo piso. La señora no logró esquivarlo y el viejo fox

terrier acabó cayendo junto a ella, rodando en una confusión de quejidos y quebraduras de la que nadie tuvo cuenta hasta recién pasadas las cinco de la tarde, cuando la señora pudo finalmente recobrarse, hacer apoyo en un codo del sillón y llamar por teléfono a su nieto. El perrito, por desgracia, no volvió a despertarse.

Entre el relato de la caída, que ella repetía como un cd rayado, llorando a su Golos que tanto la había acompañado en sus tardes de lectura solitaria, unas palabras en la habitación contigua llamaron la atención del joven párroco. Baltasar se levantó y salió de la pieza, dejando la mano lánguida de su abuela descansar sobre la frazada. De pie en el pasillo, afinó el oído y escuchó:

El círculo que existe en la naturaleza y la idea del círculo existente, ambos son en Dios y ambos son la misma cosa.

De pie afuera de la sala, Baltasar preguntó a una enfermera quién hablaba. Ella reconoció su intriga.

—Es un caso muy raro —le confesó—. El caballero estuvo dos meses en coma y ahora que despertó no sabemos cómo hacer para callarlo.

* * *

La gente es libre de cometer errores. La poca tolerancia no comprende, inquisidora, separante. El uno se pierde girando en vueltas, la sangre le hierve y es todo embrollo a la hora de elegir. Si ha de pecarse, se ha de hacerlo pensando en

Dios. Tú eres el pecado. Yo soy el pecado. Pero si volviésemos a estar entre lo tanto, entrambos todos en miríadas, en lo que fuimos, ningún pecado podría acometerse, ni frialdad ni mentiras divisorias. ¿Qué error comete el agua cuando corre por la cascada? ¿En qué embrollo está metido el árbol que cae de espaldas al suelo? Vastos seríamos un pozo feliz. Un grande modo, silueta derramada.

* * *

Detrás de Baltasar vinieron los fieles: un conjunto de túnicas moradas que se apoderaron del horario de visitas de Pedro. Amables, se hacían amigos de las enfermeras, regalaban caramelos de eucalipto y cuadernillos de oración a quienes pasaban echándoles un mal de ojo frente a la sala de espera del segundo piso.

Era una curiosa congregación de hombres de fe la que había tomado a Pedro como su profeta. Uno de los «colegiantes»,⁸ como se hacían llamar, explicó a Patricio que tras las dos caídas bíblicas —Adán en el Edén y Jesús en la Cruz—, se esperaba la llegada de un tercer mesías que traería consigo el resurgimiento del Verbo y el reinado de la libertad sobre la Tierra. Bajo esta convicción fue

⁸ El nombre proviene de sus reuniones religiosas dominicales, a las que denominaban «*collegias*». Si bien previo al advenimiento de Pedro su doctrina era propiamente anabaptista, algunas de sus publicaciones y ceremonias rituales anticipaban ya las creencias que formarían parte del *Compendio*: unos cuantos cuadernillos y manuales de recomendaciones éticas que parecían seguir una particular interpretación del espinosismo.

que rebautizaron a su padre como Pedro «el Vasto»,⁹ y luego lo rodearon e hicieron imposible que continuaran las visitas. No más amigos ni familia. La puerta de la habitación permanecía cerrada, a pesar de la insistencia de Patricio. Los doctores le decían que su padre estaba decaído, que había tenido hemorragias internas, que estaba durmiendo y que mejor volviera al día siguiente. Cada día lo mismo. Pero Patricio, rojo de rabia, escuchaba desde el pasillo una voz grave que desvariaba adentro de la habitación. Después de varias semanas, hizo un último intento donde otra vez le negaron el ingreso y terminó insultando a todo el mundo, empujando a doctores y colegiantes y entonces decidió que no irían más, que su padre estaba loco, mientras arrastraba de la mano a su hermana lejos del hospital.

Así fue como cada tarde Baltasar, el líder de la congregación, se dedicó a transcribir los «sermones» de Pedro. Lo hacía cuaderno en mano, en un proceso tan fatigoso como necesario, pues creía que el discurso solo

⁹ Vasto fue que lo llamaron y con su nombre bautizaron, luego, al territorio. Como dijo Pedro: *Más vital que el nombre y la palabra, era la reconciliación. El nombre de la reconciliación. La palabra en que la empezamos.* Así lo hicieron en principio sus discípulos, reunidos en torno suyo como una hierba que busca el sol que deja un tronco caído. Pero luego no supieron atender su palabra herida. Ansiosos del secreto, como quien camina portando una vasija, de cabeza en cabeza lo trizaron y pusieron en su lugar palabras que inducían la separación. Negocio de ritos, germen del contagio.

era verdadero cuando se lo oía directamente de la voz de su maestro.¹⁰ Dichos apuntes formarían la base para el *Compendio de Pedro el Vasto*, piedra roseta de la fe que los colegiantes hacían crecer en torno a un hombre antes escuchado únicamente por sus hijos. Un poco esquivo, como confesó Juan Carlos a un periodista de *La Estrella de Concepción*. Nunca se sabía bien qué estaba pensando. Tenía un humor extraño, oscuro, que sin duda empeoró después de la muerte de su esposa.

Lo cierto es que el Pedro que salió del coma era otra persona. Los colegiantes decían que sus palabras daban comprensión, «divino éxtasis». Y en la ciudad corría ya el murmullo del cristo milagroso, el vozarrón de río, que tocaba a quien lo oía con su misericordia. Estos rumores crecieron el día en que los doctores le dieron el alta y el profeta, en lugar de volver a su casa, fue llevado a la iglesia que habían construido los colegiantes, un par de kilómetros a las afueras de Curanilahue.

La Puerta, como la llamaban, era un modesto complejo de casas de madera en el que residía la mayor parte de la comunidad. El terreno había sido propiedad de una empresa forestal, que se los vendió a un precio bajo, asumiendo que el suelo ya estaba erosionado. Allí los fieles empezaron a trabajar, convencidos de que

¹⁰ Esto no tenía únicamente fundamentos espirituales: el dictado de Pedro a ratos formaba un balbuceo ronco, muy difícil de entender. Por esta razón, es posible que el *Compendio* tuviera más elementos creativos del propio Baltasar que literalidad en su traducción.

estaban preparando el sitio para su mesías: cercaron el lugar con una alta empalizada, levantaron un templo, una capilla y un modesto complejo habitacional, hicieron hoyos en la tierra donde metieron pequeños fardos con hifas de unos hongos comprados a un empresario estadounidense, cuya curiosa tecnología permitió, al cabo de unos meses, que los visitantes se asombraran del vigor de aquellos eucaliptos recién plantados, cuyo aroma fresco acompañaba el afluente de un estero que cruzaba por delante del templo mayor.

Desde su llegada, a Pedro se le trataba como a un elegido: por instrucción de Baltasar, no se le miraba a los ojos, no se le hablaba, no se le veía más que para sus sermones. El propio Baltasar y algunos otros colegiantes de confianza se encargaban de cuidarlo, vestirlo, alimentarlo y prepararlo para sus sermones espirituales.

* * *

Terminó de llenar la tetera. El agua estaba oscura y había que hervirla para tomar. Con un encendedor dio fuego a dos hornillas y puso sobre una la tetera y en la otra un tostador con marraquetas. Sacó el celular de su bolsillo. Catalina estaba tendida sobre el sillón, la parka puesta, la vista metida en su propio celular, cuya luz relucía a una intensidad variable sobre el rostro. Su hermano volvió a pedirle que después de tomar once se fuera a acostar, que ya era tarde y no había cómo calentar el living. Ella, terca, se cubrió la boca con el cuello del polar y se acomodó en su sitio.

A ambos las noticias en internet les parecían más interesantes que las que contaba ese viejo televisor dormido bajo un paño bordado al otro extremo del living, coronado por un cactus, encendido solo por costumbre. Patricio miraba el video de un tornado que arremetía contra Los Ángeles. Asombrado, llamó a su hermana, y viendo que ella no le hacía caso fue a sentarse a su lado.

—Cacha, enana.

—¿Qué? —preguntó Catalina, sin quitar la vista de su propia pantalla.

El video había sido grabado desde una estación de servicio y mostraba el cielo revuelto en un gris apocalíptico, donde flotaban trozos de basura, ropa, árboles y escombros centrifugados en el aire, destellos de fuego que saltaban de los cables de tensión, mascotas arrastradas lejos de sus dueños, autos volcados como vasos plásticos. La gente buscaba refugio como podía. Una nube violenta iba aproximándose a las casas de una villa, cuyos tejados amenazaban con volarse en cualquier momento. Patricio observaba el video fascinado, como si se tratara de una película de ciencia ficción, pero a su hermana no parecía importarle, ni siquiera cuando aquello ocurría a menos de doscientos kilómetros de su casa.

—Hambre —dijo con la nariz metida bajo del polar—. ¡Haaam-bre! —repitió y luego dejó a un lado el teléfono y se acostó a dibujar tendida de guata sobre la baldosa, golpeándose cada tanto la punta de un pie contra el talón del otro.

Patricio pensó que iba a agarrar frío así, que mejor se levantara, que ya era hora de acostarse, pero luego la vio tan concentrada que prefirió no decir nada. Escuchaba el ruido del lápiz scripto gastado, casi seco, contra la hoja. El aroma a pan tostado que hacía pensar en un tiempo de estaciones más precisas, no esa mezcla de invierno y verano, aquel cínico pronóstico en que vivían. De mañana salía con tres capas de ropa encima y a mediodía ya estaba en polera, las prendas en la mano. A su hermana esto parecía no importarle. Era distraída. Su padre siempre volvía de las reuniones de apoderados con una bolsa rescatada del cajón de ropa perdida, que dejaba a la entrada de su pieza. Las profesoras sabían cómo era. La veían pasear en el recreo mirando sus pies uno detrás del otro, saltando firme, un, dos tres, cuatro, pie izquierdo en equilibrio, los hombros guiando el cuerpo, cinco seis, descanso, siete, pie derecho ahora, ocho nueve, diez. Cuando llegaba al otro extremo del lucche era común que Catalina se sacara el polerón. Lo tiraba al piso y allí quedaba. A su hermano esas bolsas de ropa le daban nostalgia. Lo distraían como un dedo que toca el espacio negro en el pan quemado hasta que un impulso eléctrico mezcla el calor y placer de llevarse la yema herida a la boca.

Puso la taza y el pan con mantequilla en el suelo junto a su hermana y le hizo cariño en el pelo. Ella tarareaba un reguetón mientras soplaba el tecito de eucalipto. Hace tiempo que en la casa se había adoptado la costumbre de hacerse aguas con las mismas hojas que Pedro usaba para limpiarse los pulmones. Ese árbol les

daba también la leña, que Patricio cortaba de ramas bajas, de noche, cuando suponía que los guardias de la forestal no andaban por esa zona del sitio y cruzaba, transpirando, el cerco eléctrico.

Se hacía el grande. Se ocupaba de que Catalina siguiera yendo al colegio y de que la casa tuviera, como fuese, lo necesario para vivir. Su hermana, sin embargo, hacía caso omiso a su afán proveedor, al que no otorgaba mayor validez que el rol que se asume en un juego de niños. Ella sabía que las cosas seguían siendo como siempre. Esa misma tarde le había dicho: tú no erís el papá, tú no dai órdenes, antes de darle un portazo a su pieza. Y él se había quedado mirándola entre avergonzado y furioso. Entonces, vengativo, mientras Catalina se incorporaba a medias del suelo para dar un sorbo a la taza de té, su hermano fue a sentarse al lado suyo, cogió un lápiz y empezó a rayarle el dibujo con garabatos y cejas y tajos y bigotes encima de los personajes y círculos y rectas asomadas por las esquinas de la página. Catalina dio un grito de ira. Se puso de pie y clavó el lápiz verde contra la mejilla de Patricio, cortando de cuajo su risa colorada. Pisando fuerte, se fue a su pieza y dio un portazo.

Patricio, sobándose el cachete marcado con tinta, observó el dibujo, un poco contrariado. En mitad de la página, una niña apunta un incendio. Desde el extremo derecho, el cielo acerca un tornado. Del otro, una nube en forma de champiñón tapa el diálogo de unos hombres adentro del bosque. Al extremo inferior del dibujo, la figura de un niño que llora, pantalones abajo, con un relámpago en la mano.

* * *

Pensaba en el deseo de los hongos, ese ímpetu que inicia como una sola mancha y al cabo se expande por kilómetros. ¿En algún punto se reprime, duda si avanzar?, se preguntaba Giovanna, soplando un té de manzanilla. Estaba botada a la lectura. Salida de sí, rendida a ella. Distintas interpretaciones de los datos se reproducían, día a día, sobre el escritorio. Quizás su inteligencia no le permita tamaño gasto irresponsable de energía, elucubraba. ¿A quién responde el hilo del cuerpo, la mota blanca creciendo en todas direcciones, arrastrando millones de esporas a la luz?

Pensaba en qué había hecho morir al hongo dentro de aquel hombre. Se preguntaba por qué dentro suyo había sucumbido repentinamente y en el resto no, si estaban todos sometidos al mismo tratamiento.

Una delgada capa transparente cubría los champiñones. Giovanna los puso sobre la tabla junto al ajo picado y botó la bandeja plástica. Estaba terminando de escribir un libro sobre la simbiosis de ciertos líquenes infecciosos y trataba de poner a ritmo la rutina con los plazos de entrega a la editorial. Cocinarse, leer, dormir. Abrir los ojos y revisar con prisa la hora. Saltar de la cama al café y a la letra parpadeante. Acelerar el cuerpo a la espera de una lenta sinapsis que traduzca. Fregarse los párpados con el puño. Fregar los platos. Volver al sueño.

Los días pasaban como en una cuarentena. Cambiaban a ratos los lugares de trabajo, las sábanas, las ideas que formaban más excusas que propuestas.

—No salir hasta terminar el capítulo —se prometía con rigor de manda religiosa—. No mirar más el teléfono.

Entonces iba al baño a revisarse esas heridas en la comisura del labio, como pequeñas bocas brotadas en la suya. Era como si el hongo quisiera decirle algo. ¿Cabía un signo en la piel abierta? ¿Una vocal? Los ojos se le secaban y la mente a ratos pensaba por su cuenta. Sentía el músculo ocular siguiendo atento el camino de la letra, mientras otra sección, más gruesa y dominante de sí misma, salía a dar una vuelta al parque, cavaba un hoyo con las manos, se cubría de tierra.

Su celular vibraba mal apoyado arriba del refrigerador, amenazando aterrizar encima del sartén con champiñones. Alcanzó a atajarlo justo antes de que se cayera y contestó.

—Aló. Sí, con ella. Ajá. Mire, eso depende —bajó el fuego antes que los champiñones empezaran a secarse—, ¿en qué consiste el informe? —metió un pocillo con arroz en el microondas—. Déjeme ver, ¿podría ser la próxima semana? Perfecto. ¿Cuál es la dirección? —salió y entró a la cocina, con la mano libre repleta de tazas sucias—. Ok, le envío el presupuesto. Buenas tardes.

Regresó a su pieza y anotó un par de cosas en el calendario que tenía colgado en la pared. Se leía, en una errática caligrafía, «reunión empresas araucanas».

* * *

Los gatos estaban enfermos. Catalina se sentó a la salida de la cocina y chasqueó los dedos. Tres animales

cansados se acercaron al sonido. Ella les puso delante un plato de leche tibia en el que había disuelto dos tabletas de paracetamol. Los gatos magros bebían lento mientras la niña les acariciaba la cabeza.

Su hermano la miraba desde el sillón del living, echado frente al televisor. Por un momento, recordó cómo con su amigo Enzo jugaban a darles latas de atún con vidrio molido a los gatos del pasaje. Eran chicos y recién se interesaban por el mundo. Te imaginái morirte, le comentó su amigo mientras machacaba lentamente el cristal en un mortero. Debe ser como cuando se corta la luz, respondió Patricio, la vista perdida en aquel pedazo de ventana triturada, recordando la vez en que su padre le preguntó si acaso sabía de qué estaba hecho el vidrio, segundos antes de arrojarle un puñado de arena en la cara. Patricio sentía a los gatos flacos juntar sus maullidos mientras el Enzo golpeaba con el dedo la tapa de la lata, abría el tarro y lo mezclaba todo con una cuchara. Imaginaba postes de luz, la vida portada por los cables, luciérnagas, veinticinco cabezas doradas abriendo el cuerpo, el tendido eléctrico, la tos de animal intoxicado por una granada en el estómago, su amigo le decía que mirara los ojos de los gatos moribundos, que esperara el punto en que se ensanchan las pupilas, cuando lo negro torna del aire una neblina, espasmo, corte, y la sangre se les vuelve más liviana.

Se levantó del sillón y fue a la puerta. Los animales bebían dificultosamente, agitando sus cuerpos tristes de costillas como queriendo salirse fuera de la piel. Patricio sabía que iban a morir. Abrió la alacena y sacó una de

las tres latas de atún en agua que quedaban. Le dijo a su hermana que se hiciera a un lado y vertió el tarro sobre la leche. Los gatos levantaron la cabeza. Sus pupilas asemejaban el cristal de unos lentes rotos. Patricio sintió bajar un sudor helado por la espalda, recordó los gritos y golpes de su padre, sus manos gruesas sosteniéndolo por el cuello de la camisa, elevándolo contra la pared. Todo había sido culpa de una burla. La mirada ciega, la risa aguda, distendida en cerco en mitad de una pichanga, ese «me culeo a tu mamita muerta, Marambio», antes del rojo, del Enzo diciéndole que a la vida hay que ponerle un cuchillo en la garganta, y Patricio haciéndole caso: tomó a su compañero por el cuello, lo tiró al piso y le azotó la cabeza hasta que el mundo se hubo cerrado en humo blanco, la cara escondida entre la almohada y el colchón, hablando con su madre, la baba huyendo por las comisuras, la voz, la sábana, ella que escucha, responde en su cabeza, lo acaricia como un gato que viene a posarse sobre su espalda, como el sonido del viento entre los pinos o la respiración de un adolescente solo a mitad del patio, al mediodía el mundo es libre, un océano de tierra para llorar, cabeza gacha, la oscuridad de pieza húmeda en verano, el calor de las doce y el uniforme, la suspensión colgada como un sabor a tierra seca en la garganta, el agua negra, metales pesados en el cuerpo, centellas, espasmos, llantos llanos, la luz que llama a volver a casa, quedarse ahí por mucho tiempo, dormir y pensar.

—Ven, déjalos que coman —indicó a su hermana.

—¿Van a estar bien?

Entraron a la casa. Cerraron la puerta y se sentaron ante el televisor. Pronto anocheció y cuando Patricio se levantó a poner la tetera, se cortó la luz.

Él miró a su hermana en la oscuridad.

—Ven, Cata —le dijo—. Mejor vamos a acostarnos.

* * *

Cada cosa, en cuanto está en ella, se esfuerza por perseverar en su ser. En la naturaleza, nada se da sin algo más potente que lo destruya. ¿Solloza la polilla o el sapo cogido por la garza? Cualquier mundo está colgado de un hilo que empuja el viento. Como hay muerte que vence y consume a la vida, había de haber vida que se tragara a la muerte.

* * *

Durante el doctorado, Giovanna pasaba días enteros recolectando hongos. Era lo que más amaba: una tarde entera de quebrar políporos y hebras de micelio que recolectaba y luego analizaba en el laboratorio. La lectura de estos seres tenía diversas aplicaciones: el estudio de las hifas en hongos de crecimiento rápido para evaluar su capacidad de propagación artificial; la medición exacta, cuadrícula por cuadrícula, de un solo *Armillaria ostoyae* que alcanzaba cerca de dos kilómetros cuadrados bajo tierra; el estudio de la simbiosis de diversos tipos de líquen contagioso. Claro que algunos paseos seguían otros fines. Recordaba, cada tanto, un viaje a la

reserva natural Blackley, acostada sobre la hierba junto a Tiffany, después de un *Amanita* cada una, dejándose acariciar en un gesto que iba suavemente desde el cuello hasta el borde de la oreja, reconociendo una pertenencia entre cada hebra de cabello, hoja de hierba y pensamiento, un mismo afán soplando encima de la tarde la brizna húmeda, mirando las nubes pasar al ritmo de los párpados, y más tarde paranoica, respirando pesadamente, rodeada de un bosque de avellanos que crecía a cada paso.

Giovanna levantó la vista y una bandada de palomas cruzó por fuera de la ventana. Lo cierto es que, aunque llevaba semanas revisando cada tarde los preparativos para el viaje, siempre faltaba algún detalle. Ahora dudaba si el vehículo estaría listo. Buscó en su WhatsApp el contacto de la señora Marta. ¿Cómo está todo por allá?, puso junto a un emoji de monito de nieve. Bien, mi niña, la otra semana sale la van del taller mecánico, ha estado lloviendo fuerte, pero pronto habrá sol, no se preocupe, mi marido conoce bien la ruta. La micóloga se sonrió, entusiasmada, y luego hizo llegar al otro extremo del país una austera y respetuosa confirmación en forma de pulgar arriba.

Una hora más tarde, esperando en el semáforo, Giovanna miraba a la gente que entraba al hospital. Un número menor, afortunado, que evidenciaba un margen sensato de mortalidad, cuando el peligro de una epidemia de criptococosis en la región había sido descartado. La luz roja le permitía concentrarse en lo importante. Calcular los costos del viaje de investigación que estaba

planificando, imaginar el periplo en una van junto a siete especialistas de la universidad a la que ella había llegado como una simple estudiante tercermundista.

Saliendo de la ciudad, Giovanna jugaba a contar los militares apostados afuera de los bancos, las estaciones de servicio, los centros comerciales que al poco andar se transformaban en cerros de árboles cortados a tres alturas, protagonistas de un paisaje nativo, mediano, yermo. Iba mirando por la ventana, camino a visitar el sitio del primer contagio.

Esa tarde, la recibieron dos ejecutivos de Empresas Araucanas: un prevencionista de riesgos y el jefe de faena de la Planta H. La empresa la había contratado como asesora en la redacción del boletín fatal de los otros cuatro trabajadores infectados por el hongo. Con cierta diligencia, los ejecutivos la hicieron pasar a una oficina al fondo de unos enormes galpones de metal brillante, donde le entregaron impresos los análisis de plantación y suelo que ella ya había recibido y revisado por correo.

El prevencionista, un tipo bajo, de corbata roja y cabello engominado, le pidió tomar asiento frente al escritorio donde tenía su computador y luego giró la pantalla de modo que ambos pudieran ver. Giovanna siguió el movimiento del cursor hasta la carpeta que contenía los boletines del último semestre. El hombre fue bajando el cursor lentamente hasta hallar el boletín que necesitaba. Por el nombre de los archivos, se advertía un mismo formato:

trabajador fallece al ser atrapado por astillador chipper
trabajador fallece en choque de vehículo trabajador
sufre amputación traumática dedos mano izquierda
al cortar madera con trozador trabajador fallece al ser
atrapado por aspa de equipo trabajador se intoxica y
muere al ingerir pesticida líquido trabajador sufre am-
putación traumática en dedo pulgar derecho al efec-
tuar enganche de lanza trabajador sufre amputación
traumática dedo índice al sacar despunte de madera
atrapado en sierra circular trabajador fallece por reac-
ción alérgica a fungicida trabajador sufre amputación
traumática de dedo medio de mano derecha ordenan-
do maderas trabajador sufre amputación traumática
de falange distal de dedo anular en máquina pelletera
trabajador sufre contaminación alcanzado por asper-
sión aérea de pesticida trabajador sufre amputación
traumática de dedo meñique por contacto con dientes
de máquina fresadora trabajador fallece al ser aplasta-
do por partes móviles de maquinaria trabajador cae de
cubierta de galpón al romperse plancha de fibra traba-
jador sufre accidente fatal al operar sierra huincha en
aserradero trabajador fallece al ser atrapado por tritu-
radora de corteza

—Aquí está: 3 de mayo —indicó el prevencionista,
con el cursor puesto sobre el archivo que buscaba.

Giovanna se acariciaba la mano derecha, impacien-
te, haciendo tronar los dedos. Se preguntaba si doce
años de carrera habrían servido más que para cumplir
un rol de consultora. Proveer el sello de especialista.

Explicar, firmar, enviar la boleta. Ni doctores ni empresarios parecían tomarla muy en cuenta, la verdad. Un software podría haber hecho esta pega, se decía. Bastaba una base de datos.

El prevencionista acabó de detallar el informe de las muertes de Omar Tralcal, de cuarenta años, Calixto Morales, de treinta y tres, Gerardo Huenante, de veintinueve, y Alexis Fernández, de veintiséis, quienes habían sido velados en conjunto el mes anterior, en un funeral organizado por la Confederación de Trabajadores Forestales. Luego, solicitó a la micóloga que corroborara los datos concernientes a la infección. Ella acercó sus ojos a la pantalla, leyendo detenidamente las cinco líneas, e indicó una errata en la escritura de «criptococosis».

Listo el boletín, el caso era archivado y la probabilidad de nuevos contagios en la Planta H. quedaba descartada. Por un instante, de camino a la salida, Giovanna reconoció un extraño sentimiento de culpa. Volvía a preguntarse qué habría pasado con el otro trabajador infectado. El que despertó.

Afuera de la empresa hacía guardia una tanqueta. Tres jóvenes con traje color monocultivo, el fusil de asalto apoyado junto al bototo, mascando chicle, la miraron pasar detenidamente. El prevencionista de riesgos estrechó su mano y se marchó de vuelta a las oficinas. Antes de subir al auto, Giovanna levantó la vista y admiró el cielo que formaba un espectáculo de nubes de un rojo incendiario y magnífico. Buscó el celular en su bolsillo. Sacó una foto.

* * *

Cuando era joven, Baltasar pasaba las tardes de fin de semana, después de salir de la panadería, en un cuarto al fondo de la parroquia, donde se abocaba por completo a su curso de gramática latina. Abría el pesado tomo y lo apoyaba sobre la mesa, ubicada bajo un cuadro con la expresión *nihil volentibus arduum*¹¹ grabada en bronce. Leía con cuidado, como si quien le regaló el libro fuese quien lo hubiera escrito y las palabras estuviesen impregnadas de su cariño. Con paciencia, llevaba lentamente los verbos a sus casos y declinaciones, en una tarea de artesano que disfrutaba imaginar al modo de quien construye un reloj o un puente levadizo.

—Está bien, hijo. Es suficiente. —Baltasar levantó la vista hacia el reverendo Contreras. La luz entraba con su parentela tímida de pelusas a la habitación, apenas sostenida sobre el cuarto, a través de una ventana angosta y alta que iluminaba pálidamente la lectura—. No tiene sentido seguir así.

Pronto atardecía y según el padre no era conveniente forzar la vista sobre las letras. Leer mal por agotamiento produce daños a largo plazo, le solía decir. No hay para qué gastar los ojos. Baltasar cerró el libro y cogió su bolso. El maestro lo acompañó hasta la salida.

—¿Cómo te sientes?

¹¹ Nada es arduo para el voluntarioso.

—Meeee-me-me-mejor, padre —respondió Baltasar, girando la cabeza que avanzaba curvada con el cuerpo, dando la impresión de un árbol cansado.

El padre se detuvo y le indicó:

—A ver, hijo, ¿tienes frío?

Baltasar negó con la cabeza.

—¿Tienes vergüenza?

—No-no-no es eso, pa-pa-dre.

Aunque buscara ocultarla, su tartamudez siempre acababa por notarse. Las palabras se le atoraban en el paladar, le salían pegadas mientras sus compañeros de curso lo imitaban gesticulando y rayando «Baltatatata-sar» en su cuaderno. El médico que lo vio atribuyó el problema a que la madre hubiera trabajado como temporera durante el embarazo. La exposición a los pesticidas no solo enferma a la madre, también produce trastornos de aprendizaje en el niño, le explicó alguna vez en su consulta aquel médico de voz ronca y distante, mientras Baltasar miraba la pared, como siguiendo moscas, y su abuela, irritada, escuchaba una vez más lo de «educación diferencial».

El reverendo le puso una mano en el hombro y continuó:

—¿Entonces tienes pena? ¿Rabia? Está bien reconocer nuestras pasiones negativas, hijo. —Baltasar miraba los pies del reverendo—. Verás, las personas creemos estar divididas en dos clases de afecciones. Pero nuestra naturaleza es mucho más compleja. —Los dos hombres salieron del cuartucho oscurecido, cogiendo sus abrigo y bufandas. El aire tibio de la capilla le

sentó bien a Baltasar y pudo enderezarse y escuchar mejor al reverendo, cuya figura iluminada por los tubos fluorescentes se reflejaba en los cuadros y cruces dispuestas alrededor—. Quien halla el bien solo cuando las cosas lo acercan a sí mismo nunca encontrará en lo malo más opción que la impotencia. Y así, de un lado a otro de la balanza, avanzará irresuelto por la vida, subiendo y bajando, cada día con más miedo a la hora en que no pueda levantarse. —El párroco se detuvo en el umbral de la puerta metálica, sin abrirla, y continuó de espaldas al muchacho—: La naturaleza es Dios, Baltasar, y es una y la misma para todos. Sin él, avanzamos ciegos por el mundo. Solo Él puede llevar nuestra vista adelante para comprender que un orden nos excede y determina a cada instante. Para el día del juicio, sin importar lo que pensemos, atenderemos por igual a Dios todas sus criaturas. Infelices y dichosos subiremos del suelo y del agua a escuchar el dictado verdadero.

Baltasar no pudo contener las ganas de llorar. Recordó a su padre golpeando a su mamá contra una pared. La rabia como un vidrio que raspa los huesos por dentro. Intentó congeniar lo que le decía el reverendo con su propia historia y, entonces, aire, una relajación del músculo impar de la lengua; ese hilillo dulce brotando del párpado. Baltasar miró al viejo que le sonreía lleno de ímpetu, pensando en su abuela. Contreras abrió la puerta y un viento helado sopló encima de la habitación. El joven Baltasar enderezó la espalda, se limpió los ojos y salió a la calle.

Enrollándose la bufanda al cuello, Baltasar permaneció un momento admirado por el viento que acercaba hojas secas al cura, las paseaba por su abrigo, sus mejillas, sus cejas tupidas, y luego las devolvía a flotar sobre el cemento de la calle. Entonces, guardando las llaves de la iglesia en el abrigo, le dijo:

—Baltasar, quiero que esta noche vuelvas a casa y pienses en tu padre. Que reconozcas que él es también el hijo de alguien. Imagina que su progenitor está en ti e intenta perdonarlo a él. Y antes de él, a su padre, y antes del siguiente, al otro... y así hasta llegar a Cristo, hasta subir a Dios. Quiero que aprendas a ver cómo habla el pasado por nosotros, cómo se dobla y cambia contra uno.

El reverendo se despidió estrechándole la mano. Baltasar sintió el frío de esa piel envejecida, que lo acompañó mientras cruzaba la calle. Luego, sentado en el paradero, admiró la forma en que dos ulmos cruzaban sus ramas entre sí, como abrigándose, y hundió sus manos debajo de las axilas, apretándolas contra el cuerpo.

* * *

De vuelta a casa, la ruta prevista dio de lleno contra una avenida cortada por protesta. Con la ansiedad hirviendo, Giovanna deslizó despacio el auto por entre los manifestantes y las barricadas, haciendo señales de disculpa, vidrios cerrados, pestillos puestos, desconfiando de la distancia entre el fuego y las ruedas

del auto, de la conducta imprevisible de la multitud, aunque esta concentrara su atención en el destacamento de fuerzas especiales que se aproximaba simultáneamente desde la costa y del norte de la ciudad con su aroma cortante que hacía cubrirse los ojos con lo que fuera. Ya desesperada, Giovanna gritó y tocó la bocina hasta encontrar un hueco por el que acelerar justo cuando los pacos empezaron a apuntarles, a media altura, a quienes llevaban en la calle desde temprano, buscando responder con adjetivos y trozos de cemento a los perdigones y lacrimógenas disparados al cuerpo.

Transpirando, cerró la puerta de su departamento, acomodó las cajas junto a la lavadora y se tendió en el sillón haciendo un movimiento extraño, torpemente calculado, para quitarse la cartera de encima sin soltar el celular. Número ocupado. Escribió a Andrea que lo logró. Había comprado las carpas y cada ítem en la lista de preparativos estaba tachado. Revisó las noticias. No eran distintas a las del último tiempo. Un video relataba el hallazgo de un niño de ocho años colgado a las afueras de Vilcún. Su familia llevaba una semana buscándolo y la campaña sobre su desaparición se había difundido en redes sociales. Ella había visto el caso en las historias de algunos amigos y, aunque todo el mundo ya esperara lo peor, era de todas formas una sorpresa confirmarlo.

Abrió las cortinas. Su calle no dejaba ver mucho, pero se oían ruidos a la distancia. Ambulancias, detonaciones, intermitencias parecidas a los sonidos de

cuando en mitad de la noche se activa azarosamente el refrigerador. Tomó en brazos a su conejo y permaneció un instante admirando su olor dulce, acariciándolo, luego lo devolvió a su jaula. Después de cenar, le avisó a Richard, el director de su laboratorio en Manchester, que los equipos para el viaje estaban listos, que con dos meses de antelación todavía alcanzaba a comprar pasajes a buen precio. Luego se dispuso a leer el libro de una micóloga forense colombiana, del que debía haber terminado una reseña hace varias semanas, pero, al poco rato, mientras soplaba una taza de té verde, leyó absorta que el pequeño Martín Millacura tenía los ojos negros, que llevaba una mochila del Hombre Araña que encontraron llena de piedras, que los zapatos tenían signos de haber sido colocados a la fuerza, que en la ropa interior se hallaba sangre y restos de orina y materia fecal, que las tiras de la mochila se habían pegado a la piel del cuello, que su padre había sido detenido recientemente, acusado de intentar quemar una comisaría en Padre Las Casas, que la madre se había encadenado al juzgado local y el director general de Carabineros entregaba sus condolencias a la familia.

Giovanna compartió la noticia en Twitter, con el hashtag *#justiciaparamartin* y abrió su correo. El último *Boletín micológico* de la Universidad Austral incluía un artículo sobre nuevos líquenes en el parque Punta Curiñanco, en cuya autoría figuraban su apellido junto al de Andrea. Giovanna le compartió el paper, sonriéndose, y entonces titilaron las luces del departamento.

Se intranquilizó un poco, de pie en mitad del living. Dudó por un instante si volver a llamarla. Luego volvió a la pantalla. Le sorprendía encontrar algunas erratas y doble espacios en la versión publicada del artículo. Esperó ser la única leyéndolo en ese momento. Deseaba que, por alguna razón, la web de la revista se cayera y el texto se mantuviera oculto. Que figurara como no disponible. Página en reparación.

* * *

A media mañana, Patricio salió al patio. El sol todavía demoraba en calentar una neblina brusca que cubría los rincones del sitio. Estiró el pie derecho entre unos maceteros y con un movimiento rápido hizo rodar hacia sí una pelota de fútbol, que lo recibió como un perrito emocionado. El material hacía notar sus años: el dibujo del número 90 asomaba como un rostro que fue hermoso en otro tiempo, su dorado desvanecido contra el blanco uniforme y rasmillado del cuero. Patricio la levantó en el aire y luego la mantuvo dando botes en el empeine, atrayendo la mente a detenerse en cada toque, a dejarse ir en un bote suave, ligero y preciso sobre el cuerpo.

Esa concentración lo hacía feliz. Eran pocos los momentos en que el dolor desaparecía. Alguna vez su padre le dijo que con sus sudokus él se sentía parecido. En torno a la vista aparece un humo blanco, le dijo, apenas se nota pero allí está: enfocándote en lo que miras, borrando el exceso que no permite concentrarse.

Patricio a veces pensaba si acaso no sentimos demasiado. Miraba a los gatos chicos echados junto a su madre, un perro durmiendo siesta al sol. Quizás haya algo malo con los humanos, se decía. Un error de especie que nos hace demasiado difícil vivir solos. Lo sentía a veces cuando fumaba con sus amigos y por un momento dudaba si sus manos eran suyas. Si acaso no estaban siendo controladas por un duende o un soplo de esporas metido en su cabeza. Y él mismo no era entonces más que un eco inválido, la repetición inconsciente de la palabra de otro. A veces, les contaba estas cosas a sus amigos y ellos se mataban de la risa. Ta güeno el porro, guatón, le decían. Hácelo correr, mejor, que estái hablando como tu taita. Él también se reía, su humor era distinto al de su padre. Quizás la especie mejoraba y cada generación se hacía más amable que la anterior. Podía ser. Pero su hermana parecía desmentirlo. Él a veces la veía perseguir ratones en el patio, hacerles trampas improvisadas y, una vez cautivos, llevárselos a los gatitos de regalo. Otras veces la escuchaba reír en silencio, mirando insectos y piri-güines náufragos que capturaba en botellas de bebida, inspeccionándolas bajo la luz del celular. Una vez, después de retarla por llevarle una lagartija de regalo a la Manteca, se preguntó a sí mismo si lo que hacía su hermana con los bichos era algo malo realmente. Las cosas viven de tragarse unas a otras, pensaba después con el porro en la mano, demorándose en pasarlo, en esos segundos parecidos al bote eterno de un balón en el pie. ¿Eso era pensar? ¿Dejarse estar lejos de uno

mismo? Las cosas viven de chupar aire, agua y tiempo, ¿y si la enfermedad no estaba haciendo lo mismo con su padre? ¿Si todo esto no era solo la manera en que un microorganismo tomaba posesión de un órgano mayor? Como la mala suerte de nacer lagarto y toparse con una niña cruel. La vida a secas. Reconocer que hoy jugamos con una pelota que mañana se revienta, que el río corre lejos, los incendios queman bosques, las vacas cagan mierda y de la mierda crecen moscas y hongos y árboles y mamíferos que se comen y cagan entre sí, todos distintos, cada uno separado, pero presas al fin del mismo fuego.

—Oye. Oye, Pato, ¿vai a hacer correr la hueá?

Dejó caer la pelota. La vio rodar hasta golpear el gallinero vacío. Se detuvo, puso los brazos en jarra y miró al cielo. Un conjunto de nubes grises se acercaba. Corría viento. Hacía frío un rato y luego se pasaba. De pronto hacía calor. La verdad es que el clima estaba raro. Tal vez lloviera a la tarde o a la noche. Tal vez no.

* * *

Una tarde, el doctor que cuidaba a Pedro en La Puerta presentó su renuncia y en poco tiempo se fue del país, supuestamente hacia Centroamérica.¹² Dentro de

¹² Lo cierto es que Gonzalo Wilson, el hombre en cuestión, efectivamente salió de Chile en un vuelo con destino a Ciudad de Panamá, que no incluía pasaje de vuelta. Lo habían amenazado

la congregación, los rumores decían que el profeta empeoraba. Una extraña enfermedad le abría heridas en la piel que dejaban escapar un aroma horrible.

Solo Baltasar trataba con él directamente, encargándose de darle de comer nada más que una avena pastosa con manzanas hervidas y de bañarlo usando delicados paños húmedos de satín. Le pedía que no hablara mucho, mientras lavaba sus pies, que guardara su voz para lo importante. Los sermones, en cambio, gozaban de plena salud. Las acciones de la congregación se hacían más rentables y, en poco tiempo, el número de ventas de los compendios y de suscriptores a los sermones de Pedro el Vasto era abrumador. A ritmo constante, los milagros subían de valor y esto Baltasar lo tenía claro. Se reunía frecuentemente con distintos inversionistas nacionales en quienes repartía, con la misma agudeza con la que daba el salmo cada tarde, el control de su iglesia.

En ello, el joven párroco y dirigente de la comunidad no veía contradicción con los preceptos de su doctrina,

de muerte si es que hablaba. Meses más tarde, cuando la policía trató de dar con su paradero, se encontraron no solo con que el sospechoso ya no vivía en Chile, sino que varios vuelos con su nombre habían sido comprados desde la capital panameña a diferentes lugares del mundo: Canberra, la isla de Chipre, Nueva York, Berlín y Tombuctú. Para entonces las cosas aquí se habían complicado mucho y la policía le perdió el rastro, ocupada de asuntos mayores. Nunca sospecharon, en todo caso, que siguiera viviendo en Panamá, donde volvió a casarse, tuvo dos hijos y un pequeño poodle a quien amó más que a ninguna otra criatura.

que se resumían en cinco reglas básicas y compartidas.¹³ Sin embargo, esto no agradaba demasiado a su maestro. Cada cierto tiempo, con su prudencia característica, el padre Contreras volvía a aconsejarle que la fe no era instrumento de especulación. Pero el obsecuente discípulo atendía a sus avisos cada vez con mayor indiferencia, y la distancia entre ambos se ensanchaba.

Desde que la comunidad de anabaptistas decidió levantar el complejo religioso de La Puerta, la vida de Baltasar Sánchez cambió para siempre. Había sido criado por su abuela, que lo protegía de un padre alcohólico y acosador, obsesionado con recuperar a su hijo desde que había salido de la cárcel. El hombre era insistente. Dejaba regalos extraños, juguetes que aparecían en la puerta de la casa, de la noche a la mañana. Llamaba a deshoras, lo esperaba a la salida del colegio, ignorando las órdenes de alejamiento. La abuela lo escondía, ponía llave a la puerta, afirmándose el rosario a la muñeca,

¹³ Así indicaba el *Compendio de Pedro el Vasto* sus «reglas para la correcta dirección de los colegiantes»:

- I. Hablar todos según la capacidad de todos, de modo de producir un lenguaje común. Considerar como vara de medida de esta lengua la de Pedro.
- II. Disfrutar de los placeres, cuanto baste para conservar la salud.
- III. Buscar tanto dinero como sea necesario para sostener la vida y la salud de la comunidad.
- IV. Persistir en nuestras costumbres, a pesar de quienes se opongan a ellas.
- V. Desprenderse, en lo posible, de toda referencia individual.

mandando a la pieza al niño, con miedo a encontrar ocupado el teléfono de emergencias.

Una tarde, el joven Baltasar salió de la panadería en calle Cruz en donde trabajaba. Se sentó a esperar el colectivo afuera del negocio, la vista al suelo, los pensamientos uno dentro del otro como peces que entran y salen de una canasta, mientras el crudo invierno retoñaba en su cabeza. De pronto, le llamó la atención un grupo reunido afuera de un galpón antiguo. Todos estaban bien vestidos. Parecían alegres, se daban abrazos y buenos deseos, celebrando como haría una familia. Entre la multitud, un caballero mayor, que caminaba encorvado con una sonrisa de oreja a oreja, notó que Baltasar lo estaba mirando y cruzó la calle en su dirección. Baltasar temblaba de nervios, girando la cabeza a uno y otro lado a ver si llegaba el colectivo, pero ya era tarde. A la semana siguiente, el joven panadero golpeaba la puerta metálica de la congregación, mientras tosía y se frotaba las manos entre sí para paliar el frío. Apretaba la lengua contra la pared de los dientes, la pasaba del paladar duro al blando, tratando de no prestarle atención, dejándola muerta en su sitio.

Al poco tiempo de convidarlo a su iglesia, don Décimo Contreras tomó a Baltasar como su discípulo personal. La comunicación entre ambos fue inmediata. El joven no tenía que decir mucho, pues al viejo le bastaba con que lo escuchara e hiciera bien lo que le pedía. Y en eso Baltasar era excelente. Con tiempo y paciencia, el reverendo le fue enseñando diversas artes. Su pupilo

mejoraba, ganaba personalidad y confianza en sí mismo. Se levantaba temprano y asistía con puntualidad a clases y al trabajo los fines de semana, y después de eso partía a la iglesia. Nunca faltó a una misa. Nunca dejó una tarea sin hacer. No estaba seguro de si tartamudeaba menos o si lo molestaban tanto como antes. Pero al menos podía ocupar su mente en otras cosas. El reverendo Contreras le prestaba libros, lo hacía participar en las misas, le enseñaba a traducir.

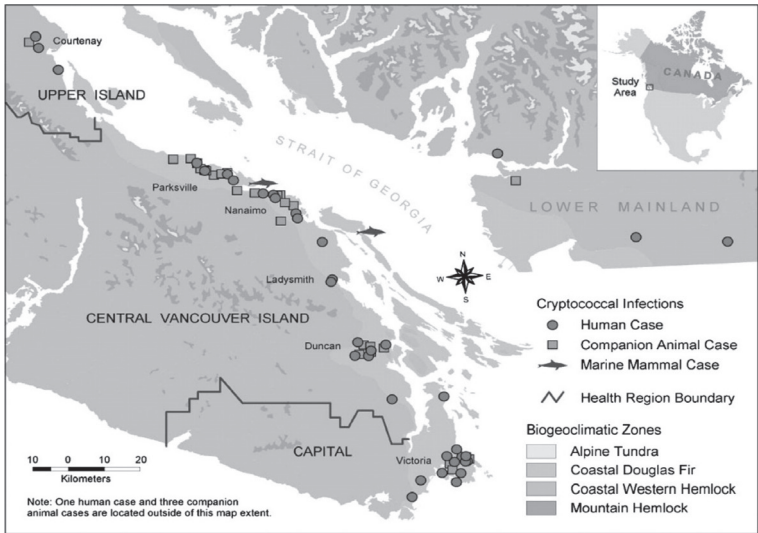
Pero ahora, con Baltasar convertido en el reverendo de su propia congregación, el problema era distinto. Un domingo, poco antes de que bajara el sol, el viejo Contreras recomendó por última vez a su discípulo:

—Tienes que estar preparado, hijo. Si tu profeta se enferma de nuevo, la gente tiene que saber. —Baltasar cerró un gran ejemplar del *Compendio*, forrado en cuero, junto a otro forrado en madera, donde pasaba el primero al latín. Recordó los pies de Pedro, aquella planta despellejada y fétida, las manos llenas de heridas y esa tos que había empezado a oírle desde hace unas semanas. El reverendo, sentado en un banquillo a su lado, lo miró hacia arriba—. Debes advertirles del peligro.

* * *

La tesis con que Giovanna obtuvo su doctorado se ocupaba del inusitado alcance que el brote de *C. gattii* había tenido en la isla de Vancouver, y explicaba su importancia para la micología contemporánea. De hecho,

el suyo fue uno de los documentos que permitieron que los casos fueran considerados como parte de una epidemia y no eventos de una índole puramente fortuita.



El criterio para calificar la infección criptococal como un caso de brote contaminante incluyó la observación de síntomas consistentes con la infección criptococal y el aislamiento de *C. gattii* en localizaciones normalmente estériles, lavados broncoalveolares, o estados de VIH negativo en los pacientes. Para este estudio, 21 aislamientos en humanos inmunocompetentes estuvieron disponibles. Seis aislamientos de huéspedes de VIH positivo en BC (Columbia Británica), considerados como no relacionados al brote, fueron incluidos para los propósitos de control cualitativo.

Como indica la figura 1, la infección criptococal fue diagnosticada en 35 mamíferos entre el año 2000 y el

año 2001, incluyendo 13 perros (*Canis familiaris*), 17 gatos (*Felis catus*), dos hurones (*Mustela putorius furo*) y tres marsopas de Dall (*Phocoenidae dalli*).

35 de los 38 casos en humanos (92.1%) y 28 de los 35 casos en animales (80%) fueron localizados en la costa este de la isla de Vancouver. El resto de los casos correspondía a gente que había estado únicamente de paso por el lugar. Ninguno de ellos sobrevivió (Oddó 2015, pp. 85-86).

Una de sus hipótesis —que le había dado problemas con algunos miembros del comité evaluador— apuntaba a cierta peculiaridad en la conformación genética del *C. gattii*. Según Giovanna, el genotipo VGII/AFLP6, reconocido como el transmisor de la criptococosis en humanos, presentaba un proceso de asimilación similar al de ciertos hongos del tipo *Cordyceps*, cuando ingresaban al cuerpo de organismos más pequeños, como hormigas, polillas y escarabajos.

A partir de este genotipo, explicaba Giovanna, el hongo «sería capaz no solo de producir la afección ligada al sistema broncopulmonar que normalmente conocemos como criptococosis [...] sino también de generar un proceso de simbiosis con el organismo huésped».

Esta unión se realizaba en el sistema nervioso central, específicamente en el lóbulo posterior del cerebelo. Esto implicaría consecuencias similares a las del caso de las hormigas bala donde, por ejemplo, el hongo *Ophiocordyceps unilateralis* era capaz de tomar control del movimiento de ciertos miembros de la colonia, alterando

su conducta para convertirlos en sacos de esporas vivientes, que, llegado el momento, reventarán dentro del hormiguero.

Esto, según Giovanna, era difícil de pronosticar en humanos, dadas las enormes diferencias de tamaño y temperatura. Pero dada la evolución y características del hongo durante el brote de Vancouver, la posibilidad no debía descartarse. Sobre este punto, señalaba:

Aunque la idea de control fúngico en una persona parece algo propio de la ciencia-ficción y el thriller cinematográfico, la evidencia hallada indica una consideración interesante. En el caso de las personas y mamíferos infectados durante esta epidemia particular, el espécimen huésped corresponde a un liquen —combinación del *C. gattii* con el recientemente catalogado *Cordyceps humana*—, cuya comunión ocurre, precisamente, en la corteza cerebral de los individuos contagiados (Oddó 2015, p. 180).¹⁴

¹⁴ No obstante algunos errores categoriales, la tesis de Giovanna supo ser un vaticinio bastante impresionante de lo que sucedió en La Puerta, donde se advirtieron signos de una naturaleza alterada. Algunos de los bomberos que llegaron primero al lugar señalaron una nube blanca que se movía por el aire, pegada, envuelta en las cosas que tocaba y generando estados de alteración de conciencia en quienes eran expuestos a ella. El síntoma del contagio era común: una sensación de inmediata transportación del cuerpo al lugar donde se posa la vista, como se aprecia en el testimonio de los primeros bomberos que hicieron frente al humo blanco. «Miré una rama y de pronto estaba subido arriba del eucalipto, pero cuando quise bajarme ya me encontraba de

* * *

Maullaba una gata. Se la oía de dónde. Patricio asomó la cabeza al patio y nada. Polvo, sol de invierno. Catalina pasó corriendo a su lado gritando ¡Manteca!, ¡Manta!, y luego permaneció de pie bajo el dintel de la puerta, llamando al aire con aplausos y silbidos. Él miró la nuca de su hermana, la piel de piñén pegado como óxido al metal. Dentro, la casa estaba perdiendo peso, densidad de elementos. Hacía más frío. En las mañanas no daban ganas de levantarse. Las cañerías se habían secado y los hermanos sencillamente ya no se duchaban. Se rascó un sobaco y dijo:

—Déjala. ¿Tienes hambre?

Catalina se hincó y juntó las manos sobre la frente. Rezaba en voz lo suficientemente baja para hablar consigo misma, pero no tan despacio como para que su hermano no la oyera. Pedía por los gatos. Llamaba

pie en el techo de una de las casas blancas. Rápidamente llegué al piso y ahí me cubrí los ojos con las manos gritando auxilio hasta que un compañero me cogió por los hombros y me sacó». «Sentí que era un gato, se lo juro, el gato chamuscado me miró a los ojos y entonces yo ya no estaba, cómo decirle, aquí. En lo que soy yo, ¿me entiende? Como que de pronto me movía dentro del gato, con el gato, su cuerpo, su dolor y el mío. También el mío, ¿sabe? El cuerpo mío de mí». «Estaba en la nube con forma de langosta. Allí me llevaron cuando la vi. De pronto tenía la ciudad debajo, enterita, como vista de un avión. Pensé que había muerto y me convertí en un pájaro. Pero después miré el caudal del río y allí fue donde me recogieron, agarrado de una rama, hablando solo».

a la virgen como le había enseñado su mamá. Él tuvo vergüenza de esa escena. Las excentricidades de su hermana siempre lo ponían nervioso. Las vacaciones pasadas ella no quería bañarse en el lago Lleulleu porque decía que allí dentro había un monstruo. El agua es el monstruo, explicaba. Toda el agua del planeta es su cabello.

Esa vez, su hermano le dijo que mejor se acercara a mirar el lago, que allí no había un monstruo sino otra cosa. La llevó del brazo, a malas ganas, caminando sobre unas rocas, hasta que Catalina llegó al borde, un par de metros por encima de la superficie. Estírate, le dijo. ¿Qué sé ve? Su hermana alargó el cuello lentamente, como una tortuga, se rio y se saludó a sí misma. Ese es el monstruo, le indicó Patricio, y la empujó.

Ahora, mientras ella entraba en rogativa por la ausencia animal, Patricio iba hasta el baño y, por inercia, giraba la llave de la ducha. Desilusionado, salió al patio y llenó un balde de agua de uno de los tambores traídos a cisterna, que almacenaban junto al gallinero. Puso a hervir el contenido del balde en dos ollas y la tetera, sacó una toalla vieja, una fuente de greda y las llevó al baño. Cuando el agua estaba burbujeando, llamó a su hermana.

—Quítate eso —le dijo.

—¿Qué cosa?

—La ropa, oh.

Catalina se levantó su polera azul, la arrugó y tiró a un rincón, se bajó los pantalones de cotelé y quedó en calzones. Un olor ácido se agitaba contra la habitación,

como buscando algo. Se sentó sobre la tapa del wáter. Su hermano hundió la toalla en el agua caliente, la es-
trujó y le levantó un brazo. El agua recibía gotas negras.

—Oye, Pato, ¿adónde se van los gatos cuando se mueren?

—¿Cómo adónde? —con un tono como si no hubiera entendido su pregunta.

—Que si se van al cielo, po.

Lo cierto es que él quería responderle que nada se va a ninguna parte. Que es como las ondas en el agua. Algo se agita y vuelve. Esta agua es esa misma que viste en la laguna. Ese monstruo tiene pelos en todos lados, en mi axila y pronto en la tuya. Es quien hace crecer las uñas y los círculos de una piedra que se hunde. La muerte, enana, no ocurre: solo nos hacemos más pequeños. A los gatos se los comen las hormigas y a las hormigas las ahoga el agua sucia que botamos en el patio. Aunque este suelo ya no entregue nada, debajo guarda lagos invisibles. Voces de plantas y seres que caminan en todas direcciones, que temen a lo seco y miran desde las esquinas de las casas, como arañas lentas. Lo grande parece muerto, pero arrójalos al lago y ya está. Allí nadan las pupilas de los gatos, las lágrimas que lloraste formando círculos concéntricos. Aunque un agua mala haga oír goteras y voces en la oscuridad, tú puedes espantarla. Una noche cava un hoyo, haz un pozo y mira dentro. Las estrellas a tu espalda estarán contigo, tu reflejo será nuevo. Remueve el agua con gravilla, no la dejes quieta. Contáglele polvo y paños sucios hasta que se desanime, cabra hedionda.

Acumula mugre un tiempo, luego báñate. Mantendrás lejos a la muerte.

Pero no le dijo nada. Limpió en silencio las mejillas de su hermana, frotando hasta que la piel morena recogió su brillo.

—A ver, agacha la cabeza —le dijo mientras tomaba su cabello y lo hundía en la fuente. Se lo mantuvo allí unos minutos, apretando y soltando los mechones, estrujándoles la tierra. Luego tomó sus manos y sostuvo en ellas el cuenco—. Quédate así.

Estaba empezando a oscurecer y la casa se helaría pronto. Patricio cerró la puerta, caminó hasta el otro lado del living, abrió la cocina a leña, metió dentro unos palos secos y empezó a hacer fuego. Afuera se oían maullidos intermitentes, confundidos entre ramas cortadas por el viento. Dejó encima de la lata unos trozos de pan y volvió al baño. Ayudó a su hermana a limpiarse el agua con una toalla seca que luego ella amarró alrededor de su cabeza. Mira, le dijo semidesnuda, los brazos en jarra, haciendo girar la toalla de un lado a otro. Soy la mamá.

Su hermano sonrió y le pidió que saliera del baño.

—Anda a ponerte pijama, mojón chico. Me voy a bañar yo ahora.

Más tarde, los dos estaban echados junto a la cocina, abrigándose con el fuego que lentamente les secaba el pelo. Catalina dibujaba y Patricio miraba las brasas a modo de televisor.

—Mira, hermano —le dijo poniendo su croquera entre los ojos de Patricio y el libro—. Dibujé al monstruo.

Sorprendido, le preguntó que a qué monstruo se refería: una figura de palo extraña, si apenas antropomorfa, con un montón de brazos y manos y dos caras pegadas a un rostro animal que sonreía.

—El monstruo de los regalos. Él es un monstruo bueno. Tiene cara de bagre porque nació debajo del agua, pero un día lo pescó un pescador, se lo llevó a vivir con él y se hicieron millonarios vendiendo pejerreyes y el monstruo quiso regalarle cosas a la gente de su pueblo y a sus amigos del lago, porque era bueno, y a su amigo pez le dio una burbuja y a su amigo pato le dio una correa, y después fue casa por casa tocando el timbre para hacer nuevos amigos, pero como era un monstruo la gente le tenía miedo y no lo quería, le cerraban la puerta en la cara o le tiraban ollas con agua caliente, hasta que un día el monstruo agarró al pescador, le cortó la cabeza y se la pegó a su cara de bagre y después fue haciendo esto con toda la gente que encontró, hasta que una noche se metió de nuevo al agua y se quedó a vivir ahí.

El dibujo parecía moverse si se lo miraba fijamente. Patricio preguntó:

—¿Y qué pasó después? ¿El monstruo se murió?

—No —respondió su hermana—, sigue vivo. Duerme en el lago, pero su lago tiene el tamaño de todo el mundo y él puede salir cuando quiera. El monstruo puede salir por cualquier montón de agua. Si te quedas mirando mucho rato un charco o una taza de té, él puede salir y comerte la cabeza.

* * *

Una noche, esquivando la redacción del libro, Giovanna googleaba sobre Empresas Araucanas. Entre las miríadas de datos que aparecieron, se encontró con que la empresa —fundada por un italiano que durante la dictadura acumuló una enorme fortuna merced al remate de antiguas empresas públicas y tierras usurpadas a campesinos chilenos y mapuche— actualmente presentaba un litigio con las familias de los trabajadores muertos por criptococosis. La noticia, aparecida en un periódico regional, indicaba:

«La madrugada del pasado veintidós de agosto, un grupo de mujeres curanilahuinas presentó una denuncia formal ante la Fiscalía de Concepción por una compensación impaga de parte de Empresas Araucanas. Esta corporación, supuestamente, se habría comprometido a una retribución económica por la muerte de los cuatro trabajadores forestales infectados por un brote de hongo infeccioso en las dependencias de una planta de la multinacional. Como indicó una de las demandantes: “La empresa nos prometió una beca, una casa y una pensión de gracia y nada de eso hemos recibido. Para peor, la gente comenta cosas que no son ciertas. Que andamos forradas en plata, que somos ‘las viudas de’. A veces la gente es igual o peor que estos empresarios, ¿sabe? Gente que de un árbol caído quiere hacer leña. Nosotras sabemos que esos cahuines se los han metido ellos, los poderosos. Nadie aquí anda hablando gratis. Todo el mundo está comprado. El mismo

gobernador se enojó hace poco por unas declaraciones más en un diario. Qué le importa a él lo que yo diga, lo que yo piense, me pregunto. Y al senador ese, ¿por qué le molesta tanto lo que pase con los directivos? Es cosa de ver cómo la tratan a una cuando reclama. Lo fácil que nos tiran a los pacos cuando nos apersonamos allá en la Planta, cómo pasan de noche repartiendo humo en la población. Ninguna respuesta nos han dado. No sabemos cuándo va a caer la plata. ¿Y mis niños? ¿Me va a decir usted de dónde saco para mantenerlos?”. Actualmente, la demanda está a la espera para ser procesada en tribunales. Mientras tanto, desde Empresas Araucana han señalado: “Nosotros no hemos dilatado el pago de ninguna compensación. Estos reclamos responden a una índole puramente artificiosa y malintencionada. Es cosa de ver los documentos. Todo el proceso ha sido llevado a cabo a través de los conductos regulares establecidos. Nosotros ya hemos hecho suficiente: un homenaje a los trabajadores en la empresa, sanitización de la planta con asesoría de especialistas y el pago de la compensación correspondiente a sus familias”.»

Una especie de aliento eléctrico subió por la espalda de Giovanna y dio vueltas por su cuello, apretándola. ¿Era culpa suya? A ella solo le llegó un informe, lo revisó e hizo con él lo que cualquier colega habría hecho. Por otra parte, ¿qué sabía ella de esa gente? ¿Qué tenían que importarle? ¿Acaso no habría sido más hipócrita abogar por una causa que no le corresponde? De todas formas, si no ella, alguien más iba a sellar los boletines,

y ella necesitaba la plata para el viaje de investigación. La empresa pronto reabriría como si nada y más árboles de la misma especie poblarían aquellos cerros y bosques antaño biodiversos. Trabajadores así, pensó, sufren accidentes todas las semanas. La culpa, en todo caso, era del hongo.

* * *

La pelota se había desinflado. Patricio solo consiguió elevarla para verla caer formando una parábola triste. Frustrado, la pateó con furia, pero avanzaba apenas, levantando polvo, intentando huir más que rodar mientras las patadas abrían el cuero descosido. Patricio la tomó con las manos y la arrojó al cielo. Mientras flotaba, jugó a dispararle, haciendo las veces de soldado con los dedos. Se imaginaba en una guerra lejana, oculto a plena luz en la contienda, aunque lo cierto es que más parecía un niño perdido al que los perros miran con piedad.

Entró a la casa con la ropa y el cabello cubiertos de tierra seca. Se dejó caer sobre el sillón y entonces se miró las manos: un manchón de mierda. Furioso, fue a su pieza y se raspó la palma derecha contra una hoja de su cuaderno de lenguaje. Advirtió que hace casi un año que no escribía en él una sola palabra. Volvió a la cocina y recién entonces cayó en cuenta de que no quedaba agua. Permaneció allí de pie, transpirando, con el olor, la mancha y la página pegados a la mano como una sombra.

El camión aljibe que enviaba el municipio una vez a la semana tenía la casa de los niños como último destino en su itinerario. Pasaría recién tipo cuatro de la tarde. En la mañana, Catalina había partido al colegio llevándose una cantimplora con lo último de agua potable, comprometiéndose a traerla llena cuando regresara. Patricio se conformaba, mientras, con tomarse un concho de bebida y con cagar en una bolsa. Cerró los ojos. Respiró recordando la vez en que oyó a su tía Carmela hablando de él con una amiga por teléfono. Allá anda dando bote, el pobre, le escuchó decir sentado en el baño. No tiene caso. Estoy pensando en llevarme a vivir conmigo a la Catalina. En la casa todo daba la impresión de no haberse lavado en años, la pared rodona junto al vidrio abierto, la cocina puro polvo, la tierra seca sentada a la mesa.

Patricio salió al patio y tras escupirse en ellas, arrastró las manos por el suelo. Se había puesto un jockey rojo y se cambió la polera transpirada por una camisa. Hace tiempo que había empezado a usar la ropa de su padre. Catalina, a veces, lo imitaba y le decía que ella también era el papá. Le daba instrucciones. Simulaba un bigote frondoso y daba sermones sobre la vida. Él sonreía cuando su hermana jugaba a ser actriz. La imaginaba protagonizando teleseries. La vestía mentalmente de gitana, chilota, italiana, la ponía al lado de otro cabro chico, igual de histriónico, a empujarse y buscarse en algún desierto, bosque o carpa de circo.

Al igual que a ella, a Patricio le gustaban esas fábulas. Les había tomado el gusto mirándola. Desde pequeña,

Pedro y María solían pedirle a Catalina que contara historias, que les fuera mostrando sus dibujos y les dijera qué pasaba con los personajes. La hacían improvisar y luego ambos le proponían algunas observaciones a su narrativa, como si fueran un equipo de editores o guionistas. De tal juego salieron varios personajes notables que calaron hondo en el imaginario familiar: la Gallina Peluda, el Guachicamote, los Hermanos Trastorno, Don Pepe Manchas, el Perro Chancaca. A María esto la hacía feliz. Le seguía la corriente a su hija. Se hacía pasar por «la directora del casting». Si su historia era buena, le decía, la iban a dar en la tele. Patricio siempre tuvo un rol ajeno, aunque atento, en esos juegos. No hacía caso cuando su mamá lo invitaba a participar. Salía al patio e imaginaba guerras con palos y piedras. Juntaba soldaditos de plástico y los iba reventando a pedrazos. Narraba en voz alta la batalla, con la imposición de un locutor de noticias español, mezclando una z silbada en todos los seseos: «Cañonazos sobre los muelles azotan la isla. Los soldados, sin zapatos, huyen a su suerte». Su mamá adoraba verlo jugando solo y lo dejaba tranquilo. Ahora, en vez de juegos, Patricio se divertía pensando en voz alta, por el placer de la compañía —como quien conversa a los animales—, o por el solo gusto de escuchar cómo resuenan las palabras.

Caminó hartó rato. Lo hacía por puro hacerlo, casi un año de días que avanzaban en círculo, sin mucho más que hacer que subir el cerro; pero si algún guardia de la forestal le preguntaba qué hacía de ese lado del cerco, él respondía que estaba en busca de su perro

Celerino, que andaba perdido, aunque la verdad fuera que se lo había matado su padre, una mañana en que el quiltro apareció rabioso. Después de varias horas de trepar el monte, la garganta seca, rasposa, Patricio se sentó a la sombra de un eucalipto. En esa postura el sol aún se las arreglaba para tocar la punta de su zapatilla. Recogió las piernas. Miró a lo lejos. La plantación parecía dibujar el horizonte. Apoyó la cabeza en el tronco del árbol. El mundo es un asunto perdido, pensó mientras oía el viento y el arrullo de las hojas le cerraba los ojos.

De repente, un ruido de motores lo despertó. Empezaba a anochecer y Patricio, con una intuición extraña, volvió corriendo cerro abajo. Se preguntaba si la Catalina ya estaba de vuelta y si habría dejado con pestillo la puerta de entrada. Cuando por fin regresó a la casa, tomó dos neumáticos viejos, los tiró uno encima del otro, se encaramó al techo y puso las manos sobre las cejas. Vio venir dos camionetas negras, como las de los programas de detectives que daban en la tele. Asustado, bajó de un puro salto y al rebotar en los neumáticos su ropa quedó hecha una escalopa de tierra. Entró corriendo. Puso pestillo a la puerta y se escondió debajo de la mesa.

—¿Cata? ¿Catalina, llegaste?

Los autos se estacionaron a la entrada del sitio. Patricio escuchó cómo se abrían las puertas y varios hombres, no supo determinar cuántos, se bajaban y avanzaban hacia la casa.

Tres golpes secos en la puerta.

—¿Aló? ¿A-ló?

Debajo de la mesa, Patricio no alcanzaba a distinguir quién llamaba, pero veía figuras que asomaban sus cabezas por las ventanas, sombras rápidas, como perros en la oscuridad.

—¡Vamos a dejar esto aquí! —exclamó uno de los intrusos, como si supiera que había alguien escuchando del otro lado.

Luego de eso, los hombres volvieron a subir a sus camionetas, los motores se encendieron y las luces se alejaron por el camino.

Patricio esperó unos diez minutos hasta decidirse a abrir la puerta. Del otro lado encontró cinco cajas. Una contenía un Smart Tv, la otra una Play Station 5, ambas nuevas, y las otras estaban llenas de mercadería. También había un libro, apoyado encima de las cajas.

—*Compendio de Pedro el Vasto* —leyó en voz alta, pasando los dedos por la inscripción de la tapa.

Levantó la vista y no distinguió a nadie en el camino. Medio kilómetro más allá, se veían las luces de la casa del vecino recién encendidas. Había oscurecido y unas gotas de lluvia débil comenzaban a caer. Entró ambas cajas empujándolas con el pie y tiró lejos el libro, que cayó junto al gallinero vacío.

Al cerrar la puerta, la ampollita del comedor, apagada hace semanas, volvió a encenderse.

* * *

Las gotas de lluvia se deslizaban trazando sutiles diagonales en las ventanas. Junto a la carretera se extendían

llanuras enormes, interrumpidas solo por algunas casas, animales y galpones diseminados intermitentemente sobre el coirón.¹⁵ En tanto espacio, el cielo gozaba de otra amplitud y las nubes hacían un esfuerzo por juntarse. La van enfilaba hacia Punta Arenas conducida nerviosamente por la señora Marta, quien, con ambas manos apretadas al volante, se besaba cada tanto una medallita de la Virgen del Carmen que llevaba enredada a la muñeca derecha.

Giovanna, mientras tanto, oficiaba como traductora de las preguntas y respuestas entre el grupo de gringos y la improvisada guía turística, que contestaba con la vista fija en el camino. A ratos también ella, con el dedo apuntando algo más allá de la carretera, preguntaba cosas: la razón de algún fortín empalizado, el nombre común de ciertas aves, el tiempo que viven aquellos árboles nativos. No lo sé, mijita, no lo sé, respondía la señora Marta, sin sacar la vista del camino, transpirando un poco, y entonces Giovanna inventaba algo para solventar las dudas de los visitantes, acomodados como podían sobre las ventanas del furgón para admirar los extremos del paisaje.

Los clics de las cámaras digitales acompañaron el goteo sobre el techo de lata mientras la antigua Nissan Caravan entraba a la ciudad. Tras una serie de frenadas

¹⁵ Matorral dulce, fueguino, del latín *festuca*: «tallo o brizna de paja», y *gracillima*: «más delgado». Muy apreciado por los animales forrajeros que suelen dibujarse como puntos blancos o matizes de pardo en la estepa magallánica.

abruptas ante la luz roja, de detenciones del motor en la luz verde, bocinazos, chuchadas y avemaríapurísimas, el grupo de científicos llegó al cementerio.

La lluvia se había detenido.

—¿Cómo se sienten? —preguntó Giovanna al grupo de gringos que estiraba el cuerpo sobre la vereda. Andrea sonreía detrás de ellos, el pelo rubio revuelto por la brisa austral. Todos parecían entusiasmados de iniciar el viaje.

Antes de entrar al cementerio, Giovanna les pidió que se juntaran en la van una hora más tarde. La señora Marta permaneció adentro del vehículo, descansando la cabeza en el asiento, los ojos cerrados, aliviada de haber llegado hasta ese punto sin chocar con nadie.

Giovanna y Andrea subieron los cierres de sus cor-tavientos y recorrieron despacio las monumentales alamedas de ciprés de aquel laberinto mortuorio, dejando que el resto del grupo se repartiera libremente. Curiosearon las tumbas, sorprendidas ante la diferencia de tamaño y procedencia de apellidos y mausoleos. En un momento, Andrea quiso tomarle la mano, pero Giovanna, con un gesto sutil y rápido, apuntó el nombre grabado en una lápida: «Teléfono Palacio». Ambas rieron, en voz baja para no ofender a la difunta, mientras Giovanna sacaba una foto de Andrea haciendo el signo de «llámame» con la mano. Pasaron de largo la enorme tumba de Sara Braun —que daba nombre al camposanto—, atiborrada de turistas obnubilados por esa extraña cúpula de oro, como robada a una mezquita, y entonces se encontraron ante un sitio que más parecía

jardín botánico que panteón: hacia fuera del cristal roto del mausoleo trepaba una enredadera y adentro se podían apreciar diversos cactus y plantas colgantes. Giovanna anotó algunas cosas en su libreta mientras Andrea sacaba fotos.

—Mírame —le dijo de pronto, y sus ojos castaños fueron sorprendidos por el clic de la cámara análoga.

Luego llegaron a un pasillo donde los cipreses tenían las ramas al desnudo, oscuras y secas, como sobrevivientes de un incendio. Andrea preguntó si sería un hongo, pero Giovanna, tras tocar las ramas, olerse y lamerse las yemas de los dedos, le dijo que no.

—Quizás pulgones —respondió mirando de arriba abajo las manchas en el ciprés—. O tal vez a los árboles se les pegaron las ganas de morir.

* * *

Al abrir la puerta, Catalina encontró a su hermano sentado ante un televisor gigante en mitad del living, ocupado en un partido virtual. Como si nada, dejó su mochila sobre la mesa, tomó asiento al lado suyo y le preguntó:

—¿Cómo se juega?

Desde entonces, Patricio tuvo la paciencia suficiente para que su hermana aprendiera a controlar a los jugadores, uno a la vez, a distribuir la pelota entre ellos y no simplemente chutear al arco cada vez que tenía el balón en su poder. Fue mejorando rápido. Su hermano le dijo que podía no ir al colegio esa semana, y

estuvieron practicando hasta que Catalina, dos días más tarde, consiguió por fin sacarle un empate, anotando un gol al último minuto. Todos los partidos anteriores habían terminado en derrota, la mayoría por goleada. Esa tarde, su felicidad era insuperable. Se subió al sillón gritando ¡Siiiiii! ¡Siiiiii! ¡Toma, Pato culiao! ¡1 a 1!, y luego corrió por la casa, los brazos estirados a los costados como un aeroplano.

—Dale color, enana. Celebra cuando me ganés.

Patricio apretó *start* y comenzaron otro partido.

Ella nunca le preguntó de dónde salían todas esas cosas. Se estiraba sobre el sillón masajeador y lo ponía a máxima potencia, corría por la casa amenazando a su hermano con la minipimer, jugaba a encerrarse en la secadora de ropa, se daba largas duchas calientes y luego pasaba horas reventando pájaros, frutas y bolitas de colores en su celular, y, a veces, cuando la casa estaba solo para ella, molía bichos y tierra en la licuadora. Las cajas traían cosas nuevas cada semana. Catalina esperaba a que su hermano las abriera, inspeccionaba cada aparato con fascinación y luego pedía a Patricio que le enseñara a utilizarlo.

—Mira, este tiene dos botones, ¿cuál café quieres? ¿El grande o el chico?

—¡El grande! —respondía entusiasmada.

Entonces él apretaba el botón verde y la cafetera le servía un latte alto, que Catalina se llevaba contenta a su habitación. Así, poco a poco, la casa se fue llenando de electrodomésticos, mercadería, ropa, bicicletas, juguetes y un sobre blanco con el sello de una hoja

falciforme, lleno de billetes naranjos, cada lunes a primera hora. Los libros que acompañaban los regalos quedaban olvidados en el gallinero, formando un pequeño montón. Las aves saltaban encima de ellos, los cagaban y picoteaban con insistencia.

Patricio nunca trató de averiguar nada. Mejor no hacerlo, se decía: ¿y si las cajas dejaban de aparecer? Que los fanáticos hicieran lo que quisieran con su padre. De todas formas, las alacenas rebosaban, Catalina se iba en transporte escolar al colegio y él tenía plata para comprarse lo que quisiera. Guardaba los billetes y las tarjetas en una caja de zapatos en su pieza y cada cierto tiempo le decía a Catalina que el papá estaba siendo atendido en otro país. Que se lo habían llevado los marcianos. Que se lo había comido el chupacabras. Que si quería otro pan con palta. Que no le faltara el respeto. Que él se estaba haciendo cargo de la casa.

Catalina metió la mirada en el chocolate caliente.

—¿Juguemos un partido, mejor? —preguntó apoyando la taza sobre la mesa.

—Bueno.

Se sentaron juntos en el sillón y encendieron la consola. Ella lo miró a los ojos.

—Te voy a sacar la chucha —le dijo.

* * *

Cuando el grupo arribó por fin a Bahía Chilota, el embarcadero de Porvenir, los gringos habían recobrado su ánimo explorador. La palidez del mareo arriba del ferry

cedió el paso a unas mejillas de frutilla, ávidas por conocer la historia detrás de esas casitas de techo de lata y colores vivos, porteños, que se atisbaban a la distancia, repartidas como notas de témpera sobre la estepa uniforme. A 30 °C, el verano hacía olvidar rápidamente, mientras Giovanna se quitaba y colgaba su chaqueta en el asiento delantero, que la van cruzaba la región más austral del mundo.

La señora Marta, en tanto, había dejado atrás su nerviosismo, posiblemente dada la falta de obstáculos: en las rutas CH-257 e Y-85, dos serpientes de 136 y 159 kilómetros estiradas hacia el sur de Tierra del Fuego, aparecieron más ovejas, camélidos, ciclistas, caballos y aves corredoras que vehículos. Por ello, no tenía problemas en responder a las diversas consultas de los curiosos y hasta les metía conversación, chamullando cortésmente su inglés.

Pero tras el pesado cruce del estrecho la tropa estaba cansada. Solo Giovanna permanecía con los ojos desplegados sobre la carretera, hablando intermitentemente con la conductora acerca de la extrañeza del clima, la nacionalidad de los invitados, la naturaleza de su trabajo... por siete horas seguidas.

Al fin, cuando la van detuvo sus ruedas frente al Refugio Vicuña, el grupo despertó ante un espectáculo glorioso. A esa hora, los últimos hilos del sol cortaban la punta del bosque de lengas que abría el parque, cuyas copas anaranjadas parecían tupirse como un arbol.

Era magnífico, pero no había tiempo para contemplar ni sacar fotos. Debajo de los árboles ya se atisbaba

la figura de don Santiago, el guardabosque, que avanzaba hacia el equipo unos pasos más atrás de Oliver, su enorme y zarrapastroso perro ovejero. Había que instalar las tiendas de campaña antes de que oscureciera.

Ayudadas por don Santiago, Giovanna, Andrea y Davon, el más joven de los gringos, empezaron la tarea de levantar las cinco carpas individuales y una enorme tienda de campaña donde instalarían los equipos de investigación. Pero como el viento soplaba con una fuerza ensordecedora finalmente fue necesaria la ayuda de todo el grupo, la señora Marta incluida, para afirmarlas.

La faena terminó cerca de las nueve. No llovía, pero el viento frío empezaba a colarse bajo la ropa. Don Santiago les convidó a cebar un mate en su casa, templada por la cocina a leña. En fila detrás del guardabosque, el equipo de investigadores ingresó al lugar frotándose las manos y cada uno esperó sentado el turno para pasar al baño.

El silencio del lugar era absorbente. Los invitados fueron cautivados por el ritmo del fuego que crepitaba tras el antiguo fierro forjado de la cocina, alimentado cada tanto por pequeños troncos que don Santiago había cortado con precisión casi geométrica. El agua hervía. Su anfitrión retiró la tetera de la superficie caliente, donde se tostaban trozos de una tortilla de rescoldo, y llenó delicadamente la matera. Giovanna recibió el mate de don Santiago, bebió un sorbo ruidoso y luego devolvió la matera diciendo «muchas gracias». El hombre la miró ofendido, arqueando las cejas canas, pero Andrea intervino al punto y le pidió que supiera comprender, que su amiga era de muy al norte. Allá puro

toman café, le dijo antes de explicar en inglés, paso a paso, el rito del fogón al resto del grupo.

El propio Santiago se enterneció con el espectáculo que hicieron los gringos y la torpeza de sus ademanes exagerados cuando se traspasaban el mate en círculo, como si se tratara de un ritual endémico y ancestral. Sentada frente a ella, Giovanna miró a Andrea con un gesto de gratitud y siguieron bebiendo en silencio, mientras Santiago atizaba el fuego y la energía de la hierba devolvía el calor y el ánimo a los cuerpos.

Después de un par de vueltas, Andrea hizo un gesto a Giovanna. El grupo se levantó detrás de ella. Dieron las gracias y se retiraron hacia el frío nocturno de la estepa.

Media hora más tarde, cuando todo el mundo ya estaba repartido en su respectivo saco de dormir, Giovanna acariciaba la mano de Andrea, pegada como una tela suave a su mentón. Ella tenía la vista fija en el techo de la carpa, que oscilaba con un sonido parecido a un caudal de río.

—De verdad lo pienso —le dijo Giovanna—. Es bueno que estés aquí.

Unos minutos después, luz apagada, su voz sutil se estiró todavía:

—¿Te dormiste?

—¿Mmm?

—Nada, no es nada.

—Dime.

—Es que me acordé que cuando chica, antes de dormir, tenía un juego que me gustaba mucho. Nunca se lo he contado a nadie. Se trataba de prestar atención

a algo que estuviera pensando y luego ir hacia atrás, pensamiento por pensamiento, como siguiendo un hilo por el que volvía a la idea que estaba pensando antes. Y luego a la anterior. Y así hasta que regresaba a un punto en el que ya no había nada. El hilo se cortaba. Entonces me quedaba como con un pedazo de cordel flotando en la cabeza.

Andrea se volteó hacia ella, semidormida aún, acercando su saco. Le dio un beso entre la boca y la mejilla, y dejó la cabeza apoyada sobre su hombro.

—Precioso... ¿Durmamos?

—Sí, está bien —respondió Giovanna, con la vista aún puesta sobre el techo de la carpa que oscilaba fuerte, escuchando el viento soplar llanuras y llanuras a la redonda. Cerró los ojos con ese impulso. Se sentía a salvo, en cierto modo. Segura en una pertenencia al paisaje que la encerraba. Que le permitía escucharse a sí misma lentamente, como si pensar no fuera más que un arrullo simple, medible, piezas sueltas que encajan, a ratos, en anillos y luego, quebradas, se disuelven debajo de la luz.

* * *

Una tarde, una serie de golpes en la puerta de la casa despertó a Patricio. Entró a la pieza de su hermana, pero la encontró vacía. Confundido, se subió el cierre de la chaqueta de plumas y se plantó firme en mitad del living. Por la ventana se apreciaba un grupo de hombres apostados afuera de dos camionetas negras. Oyó

más golpes, pesados y rítmicos tresillos. Respiró hondo y giró la manilla de la puerta.

Del otro lado había un hombre enjuto, un poco calvo, unos cuantos años mayor que él.

—Buenas tardes, hermano —le dijo, haciendo con los labios una mueca que Patricio juzgó de cordialidad robótica—. Mi nombre es Baltasar. Estaba esperando conocerte.

—Yo no tengo hermanos —respondió Patricio, como quebrando una rama con la voz.

—Todos somos hermanos en lo vasto. —El párroco insistía y Patricio notó que sobre su túnica púrpura colgaba un fruto de eucalipto—. ¿Sabes quién soy?

—El feo culiao que tiene secuestrado a mi papá.

Detrás de Baltasar, junto a las camionetas negras, había cuatro hombres. No parecían esconder ningún paquete de regalo. Todos daban a Patricio la mirada intimidatoria y amable de los fanáticos religiosos.

Baltasar deslizó una sonrisa y continuó:

—Oh, eso no es así...

—¿Qué hueá querís?

—Necesito que nos acompañes.

Patricio retrocedió unos pasos. De pronto, fue como si estuviera corriendo con la vista puesta hacia lo alto para recibir un pase que le enviaban desde el otro lado de la cancha, como si su hermana regateara con Messi a la entrada del área virtual y a él le sudara la mano sobre el control, como si su padre le estuviera enseñando a cazar conejos y tuviera que aguantar la respiración ante esos ojos negros que lo miraban fija-

mente antes de apagarlos, como si alguien le empujara hacia arriba el espacio entre el ano y los testículos, como si su madre lo cacheteara, como si un sudor frío le bajara por la espalda, como si un temblor en la barbilla, como si un atisbo de llanto, como si de pronto fueran a secuestrarlo a él también, en su propia casa, como si nada.

Se oía una gata que parecía maullar arriba del techo. Patricio juntó saliva y la tragó.

—Bueno, vamos —dijo cerrando la puerta detrás de sí.

* * *

Más que iglesia, a Patricio le pareció un recinto militar. La Puerta estaba rodeada por una amplia valla de madera atravesada con alambre eléctrico. Dos hombres con túnicas moradas abrieron el portón. Por dentro, era bastante grande. Algunos fieles paseaban ocupados en sus tareas, murmurando cosas que no alcanzaba a oír. El sitio parecía modesto y a la vez tenía una decoración que denotaba cierta alcurnia, las construcciones puestas a una distancia calculada a precisión, con un estilo que asemejaba a las de los colonos alemanes, rodeadas por hileras e hileras de jóvenes eucaliptos. A Patricio lo hicieron bajar de la camioneta y cruzar una puerta con una inscripción que decía «El Vasto». Cerraron con delicadeza la puerta detrás de sí y, a oscuras, lo dejaron solo. En la penumbra, apenas lograba atisbar la habitación. Reconocía bordes con las manos, puntas de

lo que parecían estatuas de madera. Entonces, poco a poco, una luz fluorescente iluminó el lugar.

La sala era más bien pequeña, aunque de techo alto. Una serie de ramas de eucalipto decoraba las paredes de madera y aromatizaba el lugar, como si su padre estuviera hirviendo hojas en la cocina. Entonces miró adelante y lo vio frente a él, sentado en un sillón de mimbre en el que parecía haber sido arrojado. Aún sin creer muy bien lo que estaba pasando, antes de alcanzar a frotarse los ojos o pellizcarse el brazo, lo escuchó decir: «Ven, hijo». Pero su voz no era como la de Pedro. No la que recordaba. Avanzando hacia él, un aroma agrio, como a fruta podrida, le golpeó en la nariz. Cuando la distancia era menor, notó que el rostro de su padre tenía evidentes signos de demacración y pensó en una estatua de cera. Un hilo rápido y helado le bajó por los hombros. Sintió un poco de asco. Era como si la piel de Pedro, húmeda, se derritiera.

Patricio permaneció de pie, temblando, con el llanto cortándole la respiración. Pedro no decía nada. Un silencio se expandía entre ambos. Entonces aguzó el oído y observó que la mano derecha de su padre empezó a moverse. Junto al asiento había una mesita con misceláneos religiosos y también uno de los cuadernillos de sudoku que él solía regalarle. Patricio, un poco desconcertado, fue siguiendo con la mirada la mano paterna que tomaba un lápiz y empezaba a picar la punta del cuadernillo. Se acercó, abrió la primera página y dejó que la mano rellenara la hoja como un autómata. En vez de números, la mano ponía letras en las casillas. Lentas

hileras que iban formando palabras. La escritura tomó la atención entera de Patricio hasta que el mensaje estuvo listo. Entonces, sintió un terror similar a cierto recuerdo que tenía de su madre: los dos sentados junto al fogón de la cocina, ella meciéndolo en brazos, aún pequeño, mientras le contaba el cuento del niño sin espuelas.¹⁶

¹⁶ En el *Diccionario folklórico de la Región del Bío-bío*, compilado por Alfonso Alcalde, se indica: «Había una vez, en una noche de campo, un niño pequeño abandonado. Se había caído de la carreta y su padre no se había dado cuenta. Iban de regreso de una fonda. El niño venía feliz porque le gustaba ver a su padre bailar y tomar hasta la medianoche, pero ahora estaba solo, perdido en medio del camino y tenía pena. Su cara estaba cubierta de barro y tenía el dorso de las manos rasmilladas. No sabía qué hacer. De pronto, notó que en el camino algo brillaba unos pasos más adelante. Se acercó con la vista cautivada y reconoció un par de espuelas de metal. Las tomó en sus manos y pensó en su padre. Recordó que no podría dormirse sin antes colgar sus espuelas sobre la cama, que tendría que rehacer camino, cuan borracho estuviera, hasta encontrarlas. Entonces, dejó de llorar. Ató las espuelas a sus zapatitos y comenzó a bailar y batir palmas en medio del camino. Su zapateo levantó polvo y el niño se cubrió la ropa y el cuerpo de tierra, tanta tierra que la piel se le fue abriendo y su cuerpo entero acabó por convertirse en una sola polvareda desvanecida por el aire y por el viento. En su transformación, las espuelas quedaron botadas en el suelo y el niño no pudo zapatear más. Esto lo puso infinitamente triste. Cuando su padre por fin las encontró, oyó llorar a su hijo y comprendió lo que había hecho. Se clavó las espuelas al cuello por desgraciado y la sangre chorreó hasta formar una poza de la que nacieron dos rosas azules. Desde entonces, si en un camino de tierra oyes llorar a un niño por la noche, deberás dar siete padrenuestros, mirar al cielo y aplaudir con las palmas una cueca para que el niño sin espuelas pueda seguir bailando».

La página decía lo siguiente:

H	I	J	O	M	I	O	H	U
Y	E	D	E	L	A	V	A	S
T	A	L	U	Z	D	E	M	I
V	O	Z	S	E	R	A	Q	U
E	M	A	N	D	O	M	E	C
I	R	C	U	L	A	N	D	O
S	O	B	R	E	L	A	S	L
L	A	M	A	S	Q	U	E	D
E	N	C	O	N	M	I	G	O

Entonces abrieron la puerta. Dos colegiantes lo tomaron por los hombros y le dijeron que era hora de retirarse. Sollozando, Patricio alcanzó a arrancar la hoja, la metió en su bolsillo y salió por la puerta de la sala, con la sensación de haber tenido el cuerpo mucho tiempo bajo el agua.

Fue la última vez que vio a su padre.

El cielo estaba cubierto por una sola mancha gris. Baltasar lo llevó hasta una camioneta que lo puso rumbo a su casa. Arriba, a lo lejos, Patricio advirtió un extraño anillo de humo negro que flotaba entre las nubes. Más abajo, la repetición de los eucaliptos en la carretera formaba una serie hipnótica y al poco rato se durmió apoyado contra la ventana del asiento trasero. Despertó en casa, tendido de bruces sobre su cama, la ropa

todavía puesta y un poco transpirado. Se levantó de un salto y corrió por la casa llamando a su hermana.

Pero estaba solo. Aún sentía la voz extraña de su padre, que lo confundía y arrastraba contra el viento. Y siguiendo esa voz salió de casa.

* * *

Catalina figuraba sentada en el sillón masajeador, comiéndose un pan con paté y tratando de ganarle al Real Madrid con el Barcelona.

—¿Dónde andabai? —preguntó Patricio, cerrando detrás de sí la puerta de entrada de la casa.

—Adonde la tía Carmela. —Los ojos chinos de su hermana cuando mentía le recordaban a los de su madre.

Nervioso, Patricio entró a su pieza para abrigarse y echarse al bolsillo un encendedor. Antes de salir, Catalina le pidió si le hacía un chocolate caliente.

—¿Pa donde vai? —le preguntó después, apoyando la taza en una mesita de vidrio, sin despegar la vista de la pantalla, mientras su hermano se subía el cierre y la capucha del polerón.

—A comprar y vuelvo.

—¿Te vai a comprar un auto?

Patricio sintió un escalofrío. Pensó en los bidones de bencina que había dejado apostados afuera de la casa y apretó con firmeza el encendedor en su bolsillo.

Su hermana puso el juego en pausa y lo miró.

—Cómprate un auto, hermano. Y nos vamos a la playa.

Él sonrió y echó sus llaves al bolsillo:
—Me voy a comprar un avión —respondió llevándose el índice y el pulgar derecho a los labios.

* * *

Dios es la continuación indefinida de la existencia. Todo cuerpo necesita de otros cuerpos, para morir y para regenerarse. Su vastedad implica unirse las cabezas, seguir al indócil murmullo que trae el viento a casa, aquel secreto cuerpo, raíz de agua, que extirpa la lengua de su jaula y escapa en las cenizas mientras los bosques se trasladan de universo.

* * *

La caminata había empezado temprano con una lluvia tenue y una humedad del 70% en el ambiente. Dirigido por Giovanna, el equipo caminó dos horas hacia el sur del campamento, hasta llegar al lote diez: un sector próspero en ñirre, lenga, coigüe y tierra de hojas humedecida por los diques de castores.

Fue allí donde aparecieron los primeros ejemplares para la recolección.

—Mírame, dime qué encontraste —indicó Andrea con la mitad de la cabeza tapada por la cámara.

—Esta *Cyttaria* que tengo en la mano también es conocida como «pan del indio». Antiguamente, los habitantes de estos bosques las recolectaban y comían durante la primavera y el verano —Giovanna sostenía a

la altura de la cámara un hongo parecido a un níspero maduro. Se lo ofreció a su colega, que esperaba fuera de cuadro junto a Andrea—: Pruébalo, Richard. —El gringo mordió el hongo y puso cara de sorpresa, posiblemente por la textura algodonada que sintió—. Dulce, ¿cierto? —continuó ella, con ojos de niña fascinada, mientras el gringo asentía, feliz, con la cabeza.

En la expedición, cada miembro del equipo perseguía algo diferente. Davon, por ejemplo, raspaba el suelo con un rastrillo en busca de trufas. Su tarea era la más difícil de todas pues aquellos hongos solo crecen bajo tierra y en general se los halla merced al olfato de ciertos perros y cerdos especialmente adiestrados para reconocerlos. Él dependía solo de su intuición. Aun así, Andrea registró el momento en que, raspando en la raíz de una lenga, el joven pelirrojo desenterraba un ejemplar del género *Thaxterogaster*: dos pelotas blancas que relucían como diamantes entre la tierra húmeda.

Marjorie, en tanto, se especializaba en el género *Cortinarius*, cuyas especies brotaban a plena luz por todo el parque. Muchas de ellas no habían sido catalogadas todavía, por lo que era su feliz tarea darles nombre y fecha, en una suerte de bautizo oficial para la ciencia. Andrea la seguía mientras ella iba llenando un pequeño saco de lona con diversos champiñones, añadiendo pequeñas expresiones de gozo en un inglés británico y remilgado.

Por otro lado estaba Richard, quien con cerca de cuarenta años de experiencia como micólogo, se encargaba de analizar la relación de los hongos con la flora

endémica del parque. Envuelto por su impermeable oliva, el viejo caminaba por el bosque con las manos cruzadas a la espalda, sosteniendo una lupa de precisión y una navaja suiza. Tomaba muestras de raíces y cortezas, cuerpos fructíferos convexos, deprimidos, umbilicados, de troncos cónicos y mamelonados, que a veces parecían pequeños panales de abeja o trozos de coral.

Como explicaba a la cámara, los ojos brillando bajo un sombrero carmesí, cada vida oculta debajo de esas formas cumplía una función:

—Una cosa es describir el organismo por cómo se ve y otra muy distinta es entender cuál es su relación con los demás seres del ambiente. Todos estos hongos están conectados a los árboles por la raíz. Les entregan agua y diversos nutrientes y reciben a cambio vitaminas y carbono de su parte. Los árboles pueden comunicarse a través suyo, intercambiar señales eléctricas y proteínicas, como una especie de internet. —Apuntó el extremo inferior de un champiñón de *Cortinarius flammuloides*, endémico de la región—. Lo que vemos usualmente de los hongos no es otra cosa que su sexo, hinchazones coloradas y multiformes que liberan esporas para reproducirse. Lo interesante es lo que pasa por debajo. Todo el hongo funciona como una vasta red extendida por kilómetros: silenciosamente, sus hilos delgados conectan el bosque al mismo tiempo que transforman sus desechos en tierra nueva.

Arreciaba la lluvia. Giovanna buscó a Andrea y luego indicó al equipo que siguieran camino hacia el sur. Poco a poco, el sonido de las hojas golpeadas por las

gotas fue cediendo paso al remanente de una brisa marina en la nariz.

Media hora más tarde, el grupo se encontró de nuevo con el estrecho de Magallanes, esta vez en el extremo opuesto de la Isla Grande de Tierra del Fuego.

El panorama era impresionante. Giovanna miró esas islas, unos antiguos montes de piel de elefante que asomaban sobre la vegetación tupida, y pensó en un tiempo donde un enlace de hongos y rocas cubría la tierra. Por varios minutos, se mantuvo admirada imaginando las torres de ocho metros de granito plisado que emergían como estatuas autónomas, mientras los hilos sutiles de un *Tortobus proterans* abrazaban el mineral por dentro, haciéndolo botar un agua dulce para beber de allí y angostar sus paredes, viajar hacia menor altura, enterrarse de las rocas para atrás, aplanar el suelo para que aguas y plantas pudieran más tarde repartirse el mundo, afirmar-se un sitio fundamental. Pensó entonces que cuando las algas y los anfibios se hicieron presa del deseo sexual, los hongos mantenían fija su perspectiva, ya besando mamíferos y plantas dormidas en el descampado, ya limpiando su pecho herido con enzimas, dividiéndolo, haciéndolo mayor. Esto les permitía estirarse en la forma de una gran idea, como si la tierra encima fuera algo parecido a la pared del cráneo y por debajo un lago sin fondo. Miraban, así, en múltiples direcciones aun sin ver, seguían a ciegas, acoplándose a raíces y cuerpos enterrados.

Giovanna permaneció embobada en esa vista hasta que el viento le golpeó la cara. Entonces siguió camino detrás del grupo que luchaba con la marcha cerro

arriba, escalando hacia el bosque Timaukel, mientras el agua jugaba con las piedras a hacerles zancadillas. Su mirada regresaba a ratos al paisaje y luego se volcaba hacia Andrea, quien se entretenía con los ruidos de los gringos más adelante: un montón de *oops, oops*, que salía de ellos cuando sus bototos se deslizaban y acababan embarrándose otra vez la parte alta del tobillo.

Para el final de la tarde, los recolectores regresaron al campamento con una amplia dote de muestras para catalogar. Estaban agotados y felices. Giovanna entró a la carpa a dejar el bolso y, mientras caminaba a ducharse donde don Santiago, llamó su atención un delgado anillo negro, bien arriba en el cielo, dibujado como una quemadura entre las nubes.

Media hora después, cuando regresó a la carpa, sintió un olor agradable. Unos metros más allá del sitio, Richard preparaba, en un enorme puchero calentado a fogata, una sopa de morchella, cebolla, ajo, pimienta, papa, zapallo y algunas setas comestibles. Davon, además, le había convidado una de sus trufas, que convirtió el caldo en algo maravilloso. Los siete cenaron allí fuera, conversando en torno al fuego sobre las virtudes del lugar. Arriba, un cúmulo de estrellas desparramadas daba otro espectáculo. Giovanna dejó la cabeza apoyada en el hombro de Andrea, cautivada por el calor del fuego y el buen alimento. Su cabello húmedo se iba secando.

A la mañana siguiente, el grupo se dedicó por entero a la fatigosa tarea de catalogar los ejemplares. Trabajaban en una carpa que se había adecuado especialmente para ello, merced a un generador eléctrico arrendado a

don Santiago, donde cada investigador tenía acceso a un variado arsenal de instrumentos científicos.

Después de tomar desayuno, mientras los científicos salían entusiasmados a analizar sus hongos, Giovanna se quedó ayudando a su anfitrión.

Mientras lavaba la loza, con un agua gélida que hacía doler los dedos, le contó feliz sobre su paseo del día anterior.

—¿Anduvieron por el lote diez, entonces?

—¡Sí! Alcanzamos a hacer casi un cuarto de él —exclamó orgullosa—. Es precioso, ¿cierto?

Entonces sintió su teléfono vibrando en el bolsillo trasero del pantalón. Cerró la llave del agua, se limpió las manos con un paño y contestó.

Oliver, que dormía junto a la cocina a leña, de pronto comenzó a ladrar, insistentemente, en dirección a Giovanna y don Santiago tuvo que arrastrarlo del collar hacia afuera de la casa y cerrar la puerta. Disculpe, mi niña, ese perro ya está medio decrepito, observó, un poco preocupado por la palidez en el rostro de Giovanna, mientras ella, tapándose la oreja libre para escuchar mejor, preguntaba:

—¿Una explosión? No te entiendo, mamá, a ver, repíteme eso de fuego blanco.

Desconcertada, regresó a la carpa-laboratorio y, mientras ordenaba su lugar de trabajo, comenzó a reconocer en la tarea en que se afanaban sus colegas una suerte de arqueología: como si aquello a lo que había dedicado los últimos quince años de su vida no fuera ahora más que registrar el inicio de un pasado. Miró a

Marjorie, que la saludó risueña mientras envolvía dos setas en papel aluminio y de pronto sintió que el suelo se movía debajo suyo. Mareada, decidió salir. Andrea, que figuraba leyendo a la sombra de un ñirre, pocos metros más allá de las carpas, notó algo extraño en ella. Le preguntó qué pasaba, pero Giovanna la despachó con un gesto de la mano y regresó a su carpa.

Volvió a sonar su celular. Una amiga le contaba de un enorme incendio que subía desde el sur del Biobío hasta Concepción. Le dijo que las autoridades estaban recomendando evacuar la ciudad. Colgó, dejó el celular a un lado y se tendió sobre su saco, la cabeza apoyada en una mochila con ropa. La noticia la golpeó como si una burbuja, una especie de membrana que la rodeaba por fuera del tiempo histórico, reventara y la dejara en caída libre. Permaneció tendida, la vista al techo, prestando atención a cómo cambiaba el azul del plástico a contraluz. Algo en el aire soplaba en contra suya. Las articulaciones se le hacían pesadas, el pecho apretado. Probablemente pensaba en su pobre conejo, encerrado en su departamento, y en cientos de zorros y lechuzas que escapaban de los bosques, o imaginaba la mitad de Concepción ardiendo. Permanecía quieta. Muda. Firme. Los ojos secos. Su respiración se redujo al mínimo, como si el cuerpo no fuera asunto suyo. Como si su voluntad fuese guiada por un mismo viento irónico.¹⁷

¹⁷ Así se escribió después, del otro lado del territorio, el principio agente: «Lo sucedido puede describirse como una tormenta de fuego extrema, con propagaciones ultrarrápidas de hasta 8.200

* * *

El sermón estaba por comenzar. Pedro, pese a su estado de salud, era alentado por sus devotos a subir al púlpito. El círculo más cercano de colegiantes se hacía cargo de prepararlo. Lo levantaban de su asiento, le frotaban ungüento de eucaliptos sobre las heridas, esparcían el humo de las hojas sobre su túnica, le pasaban frutos abiertos debajo de la nariz. Pedro no respondía. Parecía estar lejos de su cuerpo y era un cierto automatismo el que lo arrastraba. Baltasar pensaba que después de haber visto a su hijo, Pedro recobraría el ánimo para el sermón de esa tarde. Lo subió a su silla de ruedas y lo llevó desde su casa hasta el templo principal, enderezando la fe con el vigor del viento que sacudía su cabello

hectáreas por hora y con intensidades caloríficas excepcionales de más de 60.000 kW/h, similar a catástrofes como las ocurridas a principios de 2017 en nuestro país y en años posteriores en diferentes lugares del mundo, como en California, en la costa oriental de Ática, Grecia, y en el norte y el sureste de Australia. Según el informe de la ONEMI, las causas subyacentes fueron la meteorología extrema y el alto estrés hídrico de la vegetación, a consecuencia de una sequía prolongada. Otro factor relevante fue la alta simultaneidad de más de cien incendios y los vientos locales que se registraron entre 100 y 130 km/hora». Pero lo que no explican los especialistas son las nubes blancas, esos gigantes-cos cúmulos de esporas liberadas desde debajo de la tierra, que cubrieron y penetraron la ceniza, los cadáveres calcinados y los cuerpos de quienes se esforzaban todavía por huir de las llamas que rodeaban el sitio, donde cada cual sirvió como sustrato para la reproducción del hongo.

delgado, mientras volvía a mirar ese aro de humo negro que flotaba en las alturas desde hace algunas horas.

Adentro, la sala estaba repleta de colegiantes que esperaban cantando canciones, mientras otros se paseaban moviendo en el aire incensarios llenos de eucalipto. Baltasar apareció en escena y, tras una ovación general, pidió tomar asiento a los feligreses.

—Hermanos míos, aquí os respiro.

Los colegiantes se pusieron de pie. En su discurso, Baltasar se encargó de disipar algunos rumores referidos a la salud de Pedro.

—Esta no es la hora de atender a los separados. Nuestro Vasto no nos querría enfermos, no nos haría mal ni nos pondría cerca de ninguno. ¿Qué clase de Dios no cuida de sus hijos? ¿Qué pastor deja a su suerte a su rebaño? Don Pedro desmentirá todas esas palabras celosas. Pronto se los hará saber su propia voz.

La sala se llenó de aplausos y gritos de entusiasmo. Los rayos de la tarde bajaban por un tragaluz dibujando un pequeño alero de sombras en torno al púlpito. Pedro ingresó desde un costado del escenario. Los colegiantes esperaban la semana entera sus sermones, trabajando duro en el mantenimiento de La Puerta, cuidando los huertos, elaborando cuadernillos, aceites y cremas de eucalipto que vendían en el centro de Curanilahue, juntando frutos, haciendo guardia en las noches por los linderos del sitio. Un sermón era el lugar del milagro. En ese templo se había visto a niños curándose la afasia, tartamudos declamando de corrido, mutilados cuyas lenguas cortadas volvían a crecer como la flor de

un cactus en la boca. Algunos fieles entraban en trance cuando escuchaban a Pedro. Saltaban de alegría e imitaban el dictado del maestro, con los brazos elevados sobre la cabeza.

Pedro dio un paso al frente y fue como si el viento hubiera cerrado de golpe las ventanas. Caminó hasta el centro del escenario. A pesar del maquillaje, la luz hacía notar su aspecto notablemente desmejorado. El público se sobresaltó un poco cuando vio que llevaba ya un buen rato en silencio. El profeta miró adelante, buscando hablar, pero le sobrevino un violento ataque de tos.

Los colegiantes se intranquilizaron, y mientras algunos subían al púlpito a atender a Pedro, Baltasar reconocía el miedo como un nudo que lo cogía de la lengua. Trató de calmar a la multitud, pero las palabras se le atoraban en la boca, no terminaban de salir.

De pronto, la voz de Pedro resonó como la quebradura de un glaciar. Había que llevarse las manos a los oídos y ver, en un espectáculo horroroso, cómo un filamento blanco, como los hilos finos de una madeja de musgo, iba atravesando su piel hacia afuera, surcándole heridas que liberaban unas especies de pedúnculos por sus ojos, sus brazos y mejillas, y un largo y oscuro esporocarpo¹⁸ que salía de detrás de su cabeza, elevándose hacia el techo mientras el aroma al detritus de los

¹⁸ También llamado «cuerpo fructífero», es lo que usualmente vemos como el tallo de los hongos, una estructura pluricelular sobre la que se montan las esporas encargadas del inicio de su reproducción sexual.

bosques inundaba aquel salón, donde la garganta de Pedro se inflaba hasta reventar en una nube de esporas que cubrió la sala bajo un solo manto blanco.¹⁹

* * *

Una protección alta, madera y cerco eléctrico. Un par de gorriones secos colgando del alambre, plumas torradas y ojos blancos que indicaban: vadear con cautela.

¹⁹ Aunque la presencia de las esporas contagiosas separó la zona del resto del territorio, quienes fueron sorprendidos del otro lado de la frontera durante el incendio, no hallaron otro medio que internarse en los bosques para sobrevivir. Así las primeras comunidades, principalmente de campesinos y pobladores mapuche, permanecieron a salvo, atisbando, repitiendo desde la cordillera de Nahuelbuta el espectáculo de las ciudades consumidas por el fuego. Tras un período de desorientación, estas comunidades lograron adaptarse, reducirse a una forma de vida más austera, de economía recolectora. Así lo dijo, después de Pedro, José Liendo, nuestro segundo testimonio: «Lo de aquí no lo conoce el separado, no ha visto algo así en mucho tiempo. Nos levantamos y tenemos la comida colgando de los árboles, llamándonos. Nos sumergimos al río en cuanto nos tira su corriente y de allí se saca la energía para trabajar tranquilo todo el día. Si nos cansamos o enfermamos, la medicina se encuentra en estas matas, que crecen solas, sin regarlas. Aquí no hay uno que dirija o piense por el resto. Todos formamos parte de lo mismo. Cuando alguien muere, es porque el agua de su cuerpo tiene que limpiarse. Hacemos un hoyo, lo dejamos en la tierra y encima le crece un pilunhueque, un huayo, o un litre que lo protege. Las raíces de la planta llevan su sangre al río, y entonces llueve. Estar desde este lado del bosque, amigo, es ser más que una sola cabeza. ¿Usted me cree que yo lo veo ahora con los ojos de cada pájaro en las ramas que tenemos arriba?».

Patricio sacó un pequeño paquete transparente de su bolsillo. Puso el contenido en una pipa y lo quemó. Sacudido, fue empujando las tablas hasta encontrar una suelta. Luego pasó su cuerpo del otro lado y arrastró los bidones consigo.

La oscuridad le permitía moverse con holgura por las instalaciones. Lo sorprendía el silencio que dominaba el lugar: podía escuchar latiendo sus propios oídos. No vio encendida ninguna luz, ni a nadie rondando por el sitio, pero pensó que tal vez estarían reunidos en alguna ceremonia. Eso era mejor. Le gustaba la idea de tomarlos por sorpresa.

Con la entereza de cuando, de niño, después de jugar hasta tarde en el monte, regresaba solo por el bosque hasta la casa, Patricio ingresó al templo principal y cruzó la habitación en penumbra. A la luz del encendedor, una puerta dejaba leer «Auditorium». Al entrar, sintió primero la pesadez del aire. Un olor extraño, como a un montón de fruta podrida en el refrigerador. Se tapó la nariz y entonces, atisbando en lo opaco, reconoció unas extrañas costras blancas que cubrían el piso y las paredes como un liquen, asemejando semen seco. Su zapatilla derecha chocó con algo que parecía un cuerpo tendido bocabajo. Inquieto, retrocedió unos pasos, estirando los dedos por la muralla hasta encontrar el interruptor y entonces la sala se iluminó al ritmo discontinuo de los tubos fluorescentes.

Cuando vio qué tenía delante, Patricio vomitó. Cayó de rodillas, las manos apoyadas junto a un hombre de ojos blancos, petrificado por una fina capa de

moho sobre la piel. Sollozando, entre arcadas, se orinó un poco. La bilis le corría por el pecho y tuvo que limpiarse con la manga del polerón. Apenas pudo incorporarse, se fue de espaldas contra la pared y entonces recién pudo mirar en perspectiva. Un pabellón de cadáveres sumergidos bajo polvo blanco. En mitad del escenario, Patricio reconoció a su padre con el cuello reventado y el cuerpo cubierto de una ramificación siniestra que florecía a plena vista.

Con desesperación, quitó la tapa a los bidones y los arrastró afuera del templo. El pánico hizo que rociara un poco sus pantalones.

Ya de vuelta al exterior, dio fuego al reguero de gasolina y mientras guardaba el encendedor en su bolsillo, chocó de espaldas contra un cuerpo pequeño.

Giró la cabeza y entonces la vio.

—¿Y vo qué mierda hacís aquí?! —Catalina retrocedió, asustada por la reacción y los ojos desorbitados de su hermano, inyectados de rojo—. ¿Me veníais siguiendo? Dime que no entraste, ¡dime que no estabais allá adentro, cabra culiá! ¡Dímelo! —le gritó sacudiéndola por los hombros.

Catalina empezó a llorar mientras decía que no entendía qué pasaba, que por qué no había vuelto a la casa, que desde cuándo le escondía las cartas del papá, que si pensaba que era hueona, que esos regalos no caían del cielo, que ella sabía, que había buscado en internet, que si su papá vivía acá por qué no habían venido a verlo, que por qué tenía vómito en la cara, que si se había hecho pichí en los pantalones.

—¡Vámonos, mierda! —Patricio la agarró de un brazo y la arrastró consigo lejos del templo.

Entonces advirtió las manchas de combustible en su pantalón de buzo y se lo quitó a la carrera, momentos antes de que la iglesia se transformara en una sola llama enorme.

El estruendo los botó de cara al suelo.

Un poco aturdido por la explosión, Patricio se incorporó y tomó a su hermana en brazos. Las llamas levantaban una humareda que confundía la salida: los edificios de La Puerta parecían triplicarse y el humo anulaba los puntos cardinales. Los hermanos daban vueltas en círculos, mientras algunos árboles se estiraban a ayudarlos. Catalina los apuntaba con el dedo y le pedía a su hermano que mirara los eucaliptos. ¡Las ramas, las ramas!, gritaba mientras Patricio, desconcertado, giraba hacia uno y otro lado la cabeza. ¡Allá, Pato, mira!, sollozaba en su hombro, cerrando los ojos, dándole golpes en el pecho, hasta que por fin su hermano advirtió el cerco eléctrico.

Dejó a Catalina en el piso y corrió arrastrándola de la mano. Detrás se oían más explosiones y ramas quemadas cayendo sobre majestuosas oleadas de brasa. Fue al voltearse a mirar una que Patricio tropezó con una piedra.

—¡Hermano! —gritó Catalina mirándolo caer con las manos enterradas en el cerco eléctrico, dando espasmos terribles. Corrió hacia él y lo abrazó tirándolo hacia ella hasta despegarlo.

Patricio abrió los ojos. El mundo tardaba en llegarle, los sentidos revueltos como si recién hubiera sacado la cabeza del agua.²⁰ Se incorporó a medias y encontró a

²⁰ Cuando pequeño, una mañana, Patricio sufrió algo que en la familia llamaban «el incidente del pozo». Su padre lo había mandado a buscar agua para bañar a Catalina. Él salió al patio cubierto por la bruma y caminó hasta el pozo ubicado al otro extremo del sitio. En el trayecto, sintió que alguien le decía al oído cosas incómodas y tristes. Hizo el esfuerzo por ignorarlas, mientras recordaba lo que María le había explicado alguna vez: «Todos llevamos un río adentro, mi niño. Es bueno mirarlo. Sentarse a escuchar los peces chocando contra las piedras, coger uno y sentirlo escapar entre los dedos». Patricio caminaba con el balde colgado en un brazo, oscilando su peso a uno y otro lado del cuerpo, pensando en la tos de su madre, disipando la neblina hasta llegar al pozo. «Pero ten cuidado, el agua trancada es mala y se organiza. Va por ti si no la dejas correr». Fue cuando levantó el tablón pesado de madera que una red extraña subió hasta él. Así explicaría a todos: fue una red que lo tiró. Estaba hecha de hilo como de araña y tenía color blanco. Patricio cayó al agua y empezó a ahogarse. La red lo cegaba, lo mantenía bajo la superficie. Pataleaba, estiraba los brazos, sin lograr subir, apretando los ojos para guardar la luz pálida que aún llegaba dando la sensación de arriba, norte, nubes, tarde, mañana, noche y allí de nuevo todo: las estrellas observando los nudos en las puntas de las hojas, esos bracitos con los que los árboles avanzan y se acarician entre sí, el paso del viento por el bosque, las plantas satisfechas orientando el cuerpo hacia el oxígeno. Entonces oyó. Al principio difusamente, como una voz desplegada a través de varios muros. Luego fuerte, golpeando los oídos, conducida más acá del tímpano. Por algo diría después que fue elevado. Que una voz extraña lo ayudó a salir a flote, a trepar las murallas del pozo sin cuerda o escalera. Por dentro escuchaba: «Algún día te tocará lo que ocurre cuando el mundo se vuelve un aluvión

su hermana tendida en el suelo. Tenía los ojos cerrados y una herida abierta en la mejilla derecha.

—¡Cata! ¡Catita, por la chucha! —la sacudía por los hombros, sin hacerla despertar.

El incendio iluminaba el cielo a diferentes intervalos. Tomaba las raíces de los árboles, repartía el calor bajo la tierra. La noche relucía su chaleco de seguridad. En calzoncillos, con el pelo de chuzo y su hermana en brazos, cruzó hasta el otro lado de la reja. Un agua triste le corría paralela a la mejilla. La tabla suelta quedó balanceándose mientras ambos se alejaban haciendo trecho hasta la carretera. Salieron al camino.

cerrado, algún día lo que llevas contigo sabrá tener un eco afuera, volcarse en torno a tus palabras como un círculo, a la manera en que el agua conserva intacta su voluntad entre los ciclos: seguir adelante, seguir adelante, seguir adelante. Recuerda esto como un secreto al pie del árbol que abre y une lo que sientes. Esa es tu incidencia. Tu pequeño rubor de fruta madurada. Un día hablarás de nuevo conmigo y con nosotros, y estarás aquí cuando me pienses, cuando me veas ayudándote a recuperar el aire, tomarte en brazos y pedirle a Dios que nos sostenga, que nos permita estar juntos un poco más de tiempo. Mientras, empuja fuerte para botar el agua y mirar cómo se hunde, cómo esquivo la luz del sol y se retuerce engañando tallos y pájaros sedientos. Esa agua llevará tus ojos como una espina en la costilla, como un dolor en las espaldas hundidas en la noche. Coge el aire y úsalo, cuida tu voz que va conmigo, encima de todo y por debajo. Cuídame las abejas. Ellas sabrán hablar en ti como hace el viento adentro de las cuevas. ¿Escuchas ahora? El mundo viene en un zumbido y toca hacerse parte. El agua sigue su curso. Llueve despacio, se abrevan los bosques, respiran, sueñan y se incendian».

Las luces de los autos los iluminaban parcialmente, en intermitencias, como una visión rápida al espejo. Patricio gritaba, rogaba por ayuda a esos raudales, hacía dedo, pero nadie los llevaba a ninguna parte.

Agradecimientos

A Victoria Ramírez Mansilla, por su constante elucidación del mundo y por toda la ternura y la paciencia. A Paz Balmaceda, Samuel Espíndola, Cristián Hualacán (Jojore) y Carlos Cardani, por su apoyo en la edición del libro. A mi abuelo Armando Trujillo, por la fascinación literaria y retórica. A Macarena Valdés, Alejandro Treuquil, Matías Catrileo, Rodrigo Cisterna, Berta y Nicolasa Quintremán y a todas y todos quienes se han levantado en contra de la oligarquía infame de este territorio. A las ideas de Baruch Spinoza, Hans Blumenberg, Anna Lowenhaupt Tsing y Maristella Svampa. A Carlos Droguett, Manuel Rojas, Cynthia Rimsky y Guadalupe Santa Cruz, por la potencia de su ficción.





